

Ante la bancarrota de Wall Street

El retorno del viejo fantasma

Roberto Sáenz

“Esta debacle es para el capitalismo lo que la caída de la URSS fue para el comunismo” (Paul Samuelson).

En los últimos meses el mundo está viviendo la conmoción más dramática desde la caída del Muro de Berlín en 1989. No se trata de una guerra ni de un evento que provenga de la lucha de clases directa. Pero al originarse en una descomunal crisis en el centro mismo de las finanzas internacionales, sus repercusiones se están trasladando, inevitablemente, a todos los terrenos de la vida económica, social, política e ideológica del orbe: no hay rincón del planeta que pueda escapar a sus consecuencias.

I. Una nueva situación mundial

*“Tanto los terremotos como las crisis financieras producen información que de otra manera no conoceríamos. Mientras los sismos arrojan importantes datos sobre las fallas geológicas de nuestro planeta, los crashes financieros revelan las fallas sobre las que está asentada la economía de un país o, como sucede ahora, la del mundo entero. Desgraciadamente, tanto la información geológica como la financiera que producen estos accidentes vienen acompañadas de enorme sufrimiento humano”.*¹

Esta dramática crisis del sistema financiero internacional deja a la economía internacional frente a la eventualidad de una aguda recesión o incluso una depresión mundial. Supone la casi inevitable *caída de la forma de organización económica (régimen de acumulación) que imperó en el mundo en los últimos 30 años: el capitalismo neoliberal*. Es decir, de la forma mediante

¹ Moisés Naim, “La debilidad del sistema global”, *La Nación*, 13-10-08.

la cual se reorganizó la acumulación del capital como salida a la grave crisis desatada con la finalización del boom de la posguerra hacia fines de los años 60. Como señala el economista marxista francés Michel Husson: “La crisis actual no es simplemente una crisis financiera: pone en cuestión el modo de crecimiento de los Estados Unidos y la configuración de la economía mundial” (“Una crisis sistémica, global y de largo alcance”, www.workersliberty.org).

Este concreto desplome del tipo de capitalismo que imperó a lo largo de las últimas décadas ha abierto una nueva situación mundial. Un nuevo período que, seguramente, se revelará en toda su magnitud en los próximos meses y años, y que dependerá, en su grado de radicalidad, de la profundidad de la crisis que está en su base y de las respuestas que asuman las clases sociales.

La crisis económica internacional que se ha detonado está basculando –a pesar de todos los esfuerzos mancomunados de las principales potencias del mundo– entre una *ya descontada recesión mundial* y la eventualidad, más catastrófica aún, de una *depresión* que haga retroceder –se verá el grado– a las fuerzas productivas internacionales.

Este último escenario, de confirmarse, reeditaría lo ocurrido en las últimas décadas del siglo XIX o en los años 30 del siglo pasado, aunque, claro está, con sus rasgos y características específicas: “Hemos alcanzado un punto donde los fundamentos y las valuaciones de largo plazo ya no importan para los mercados financieros. Hay una situación de caída libre de los mercados y la mayoría de los inversores están rápidamente deshaciendo sus posiciones; estamos a la vuelta de la esquina de un colapso. Lo único que importa ahora es la liquidez –no las acciones y los fundamentos–, y la liquidez es unidireccional, en la medida en que todo el mundo está vendiendo y nadie está comprando. No hay compradores en este mercado disfuncional; sólo vendedores y pánico es el desagradable estado de este juego de desestabilización” (Bloomberg, 23-10-08).

Por otra parte, la crisis impacta de lleno sobre la posición hegemónica de Estados Unidos en el mundo, irradiando desde el centro mismo de las finanzas, la economía y la política internacional, que prácticamente todo a lo largo del siglo XX tuvo su centro en Estados Unidos.

En este marco, cuando se multiplican acontecimientos que no cuentan con la atención, venia o concurso del imperialismo yanqui, *es la mismísima autoridad y centralidad político-económica de Estados Unidos la que está puesta en cuestión*.

Esto es independiente del hecho de que, sin embargo, *no asoma ningún reemplazante* a Estados Unidos en su rol de potencia hegemónica (como lo demuestra el pálido rol de la UE o la propia China a lo largo de la crisis). Esta cuestión, que por sí misma hace más compleja y dramática la crisis en curso, podríamos calificarla –parafraseando una clásica definición de León Trotsky– como la de una incipiente “crisis de dirección” del imperialismo mundial, desafío que deberá enfrentar el recién electo Barack Obama.

Otro plano de manifestación de la crisis eventualmente será el terreno de la conciencia y la ideología de las masas a nivel internacional, es decir, su *forma de representarse* los acontecimientos en curso.

A los explotados y oprimidos del orbe se les ha venido machacado en las últimas décadas que “el comunismo fracasó” y que su horizonte vital sólo podía desarrollarse en los marcos del sistema imperante, el capitalismo y la democracia neoliberal. Sin embargo, el sistema capitalista mundial vive hoy su *strip tease* frente a los ojos de todo el mundo. *Una profunda corriente de deslegitimación comienza a abrirse paso* –si bien todavía tímidamente– en la conciencia de millones, a una escala y profundidad que nunca podría alcanzar ni el mayor aparato de propaganda de un movimiento socialista de masas.

No obstante, no perdemos de vista que una comprensible primera reacción ha sido de cierta *estupefacción* frente a la magnitud de los acontecimientos en curso. Absortos, millones observan cómo las verdades reveladas acerca de las supuestas bondades del libre mercado quedan hechas trizas contra la realidad incontrastable de la crisis y la intervención masiva de gobiernos y estados para rescatar a los banqueros en crisis. Hasta Paul Krugman, nuevo premio Nobel de economía, ha debido salir a exorcizar el fantasma del socialismo afirmando que “no nos vamos a convertir en Karl Marx”.

En síntesis: *estamos frente a una incipiente ruptura del equilibrio capitalista de las últimas décadas*. Que, de profundizarse, inevitablemente inaugurará un nuevo período marcado por el *retorno de algunos de los rasgos más clásicos del capitalismo*. Los mismos que, en el período anterior, aparecieron mediatizados: *agudas convulsiones sociales, crisis de todo tipo, guerras comerciales e incluso de las otras, y, por qué no, nuevas revoluciones*.

LA ESTABILIZACIÓN NEOLIBERAL ESTALLA POR LOS AIRES

Hace noventa años, León Trotsky dejaba magníficas enseñanzas para el análisis de la economía y la política internacional, con criterios que, a la hora de asimilar la descomunal crisis financiera, económica y política en curso, cobran gran relevancia. Entre los conceptos con que articulaba sus análisis, sobresale uno de gran importancia para comprender lo que está ocurriendo en el capitalismo mundial a partir del crack de Wall Street: el de *equilibrio capitalista*. Trotsky partía de señalar algo evidente para su tiempo: la Primera Guerra Mundial había significado una ruptura del equilibrio europeo y mundial, que había engendrado nada menos que la Revolución Rusa de 1917.

“Después de la guerra imperialista, entramos en un período revolucionario, o sea, un período durante el cual las bases del equilibrio capitalista se quiebran y se caen. El equilibrio capitalista es un fenómeno complicado; el régimen capitalista construye ese equilibrio, lo rompe, lo reconstruye y lo rompe otra vez, ensanchando, de paso, los límites de su dominio. En la esfera económica, estas constantes rupturas y restauraciones del equilibrio toman la forma de crisis y booms. En la esfera de las relaciones entre clases, la ruptura del equilibrio consiste en huelgas, en lock outs, en lucha revolucionaria. En la esfera de rela-

ciones entre estados, la ruptura del equilibrio es la guerra, o bien, más solapadamente, la guerra de las tarifas aduaneras, la guerra económica o el bloqueo. El capitalismo posee entonces un equilibrio dinámico, que está siempre en proceso de ruptura o restauración. Al mismo tiempo, semejante equilibrio posee gran fuerza de resistencia; la prueba mejor que tenemos de ella es que aún existe el mundo capitalista” (León Trotsky, “La situación mundial”).

Hoy, la crisis financiera, bancaria y económica, que atañe a la estructura material de la sociedad mundial en su conjunto, no supone otra cosa que el *comienzo de una ruptura del equilibrio capitalista*, construido en las últimas décadas en muchos casos no por la vía pacífica sino literalmente a sangre y fuego.

Como señalan Duménil y Levy: “La estabilidad macroeconómica es un problema dinámico. Fuerzas centrípetas y centrífugas están activas en el interior de la economía. En el corto plazo aseguran la estabilidad, o más precisamente la gravitación alrededor de un punto de equilibrio; esto, bajo ciertas condiciones. Si estas condiciones no son alcanzadas, como es recurrentemente el caso, el equilibrio deviene inestable, y la economía se ‘recalienta’ o de repente colapsa en una recesión”.

Si se concibe el sistema mundial como una totalidad con diversos componentes (economía, estados y luchas entre las clases), y el componente esencial —la economía, el determinante en última instancia de los acontecimientos— sufre semejante conmoción, no puede menos que trasladar esa situación al resto de las esferas de la totalidad económica, social y política. La cadena de acciones y reacciones que inevitablemente se sucederán no puede menos que *afectar el equilibrio global inestable y dinámico del capitalismo*.

Así, “cada paso que conduce hacia la reconstrucción de la economía capitalista está unido al aumento de la explotación y, en consecuencia, provocará fatalmente una resistencia por parte de la clase obrera. Dicho de otra manera: cada esfuerzo de la burguesía tendiente a restablecer el equilibrio de la producción, de la distribución, de las finanzas del Estado, compromete fatalmente el inestable equilibrio de las clases” (L. Trotsky, cit.).

Es esta ruptura del equilibrio, producto de la mayor debacle económica desde la crisis del 30 la que implica la apertura de una nueva situación mundial.

El *crash* actual, aunque difícil de mensurar en todos sus alcances, podría ser el más dramático desde la Gran Depresión de los años 30. Al respecto, dice François Chesnais: “Lo primero que hay que recordar es que la crisis de 1929 se desarrolló como un *proceso*; un proceso que tuvo comienzo en 1929, pero cuyo punto culminante se dio *bastante después*, en 1933, y que luego abrió paso a una larga fase de recesión. Digo esto para subrayar que, en mi opinión, estamos viviendo las primeras etapas, las primerísimas etapas, de un proceso *de esa amplitud y esa temporalidad*” (“Como la crisis del 29 o más. Un nuevo contexto mundial”, subrayado nuestro).

II. La crisis del neoliberalismo y sus raíces

EL SIGLO XX: DEL KEYNESIANISMO AL NUEVO ORDENAMIENTO CAPITALISTA

Conviene echar una mirada retrospectiva para identificar los orígenes de la actual configuración del capitalismo... y de sus problemas. Si es verdad que “el capitalismo contemporáneo es ‘capitalismo puro’, en el sentido de que logró reunir las condiciones que demanda para un funcionamiento óptimo desde su punto de vista: pura y perfecta competencia, ausencia de toda regulación, rigideces y otras ‘distorsiones’” (M. Husson, cit.), es relevante trazar un breve mapa de cómo llegó hasta allí.

Luego de la crisis estructural de los años 70, el capitalismo mundial iniciaba un profundo cambio en su forma de organización. A lo largo de la segunda posguerra y hasta comienzos de los años 70, había funcionado de una manera que significaba –en última instancia– un “tributo” a la revolución socialista en Rusia en 1917.

Esta revolución, de profundo impacto mundial y que había expropiado a los capitalistas en el enorme país eurasiático, sumada a la gran depresión de los años 30, significó *el cuestionamiento más profundo sufrido por el sistema capitalista internacional en toda su historia*. Parecía haber sonado la hora de la crisis definitiva del capitalismo y de su relevo por otro sistema social. Para colmo, el sistema capitalista mundial sufría, con la Gran Depresión de 1929, la crisis económica más dramática en toda su historia. La suma de estos dos acontecimientos, y, para colmo, la profunda competencia por la hegemonía en el seno del imperialismo mundial marcaron *la hora más dramática del sistema*.

Sin embargo, la contraofensiva no tardó en llegar: desde los *paliativos keynesianos* en el terreno de la economía yanqui, hasta la *reacción fascista* en Alemania, Italia y Japón, la guerra civil en España, pasando por la contrarrevolución burocrática en la ex URSS, fueron parte de la serie de mecanismos y profundos procesos económicos, políticos y sociales que se terminaron poniendo en marcha para contrapesar la eventualidad de una ruptura anticapitalista mundial.

La Segunda Guerra Mundial terminó de poner las cosas en su lugar: si bien la ex URSS salió fortalecida de la contienda, *Estados Unidos afirmó su hegemonía mundial* como primera potencia imperialista, y en la inmediata posguerra, con la complicidad del estalinismo y Plan Marshall mediante, se lograba la estabilización de Europa.

La guerra misma marca el final de la Gran Depresión, luego de 12 largos años. La enorme destrucción de capital (¡y de personas!), más la reconstrucción de Europa occidental en la posguerra, fueron las condiciones materiales que dieron lugar a un período en que el crecimiento capitalista pareció batir récord tras récord, que dio en llamarse “los Treinta Gloriosos” (años).

Pero esto tuvo su costo para el orden del capital: concesiones y “estado de bienestar” a amplios sectores de las masas a nivel mundial, proceso de desco-

lonización en vastas regiones del mundo colonial y un tercio del planeta donde el capitalismo termina expropiado, en primerísimo lugar en China en 1949.

El historiador Immanuel Wallerstein reflejaba bien el espíritu de la época: “Cuando por primera vez puse el pie en África, en Dakar en 1952, entré en contacto con una África que vivía los últimos momentos de la era colonial, una África donde los movimientos nacionalistas estaban surgiendo y floreciendo rápidamente por todas partes. Entré en contacto con una África cuyas poblaciones, y en particular los jóvenes, se sentían optimistas y seguros de que el futuro sería brillante (...). Un sentimiento similar invadía a los pueblos de Europa, y ese optimismo general era compartido incluso, o quizá especialmente, en Estados Unidos, donde la vida nunca había parecido tan buena”.²

La reducción de la jornada laboral; el reconocimiento de domingos y feriados; el pleno empleo; el sistema estatal de jubilaciones, pensiones, salud y educación pública; vacaciones pagas y otros beneficios fueron algunas de las concesiones que obtuvieron los trabajadores en varios países del Occidente capitalista. Se puso en pie toda una forma de organización de la economía capitalista, el llamado “compromiso keynesiano”.

Como resumen Duménil y Levy: “Hay un contraste dramático entre las últimas décadas del siglo XX y las previas décadas desde la Segunda Guerra Mundial. Es común describir los últimos veinte años como ‘neoliberalismo’. Efectivamente, durante la transición de los 70 y 80, el funcionamiento del capitalismo fue profundamente transformado, tanto en los países del centro como de la periferia. La configuración capitalista anterior es habitualmente llamada ‘compromiso keynesiano’. Tratando de no simplificar demasiado, esos años podrían ser caracterizados, en los países centrales –Estados Unidos (y Canadá), Europa, y Japón– por altas tasas de crecimiento, cambio tecnológico sostenido, crecimiento en el poder de compra y el desarrollo del sistema de ‘welfare’ (concerniente, particularmente, a los sistemas de salud y retiro) y bajas tasas de desempleo. La situación se deterioró durante los 70, cuando la economía mundial, atrapada por una declinación de la tasa de ganancia, entró en una crisis estructural” (“La contrarrevolución neoliberal”).

Promediando la década del 70, ocurrieron *tres fenómenos simultáneos*. Por un lado, este sistema de “protecciones” a las masas trabajadoras había devenido *demasiado oneroso* para los capitalistas. Al mismo tiempo, tanto en la ex URSS como en China y demás Estados mal llamados “socialistas” había comenzando un profundo *proceso de deterioro que los llevaría de vuelta al capitalismo* (salvo en Cuba) para comienzos de la década del 90. Finalmente, los procesos de autodeterminación nacional se habían agotado de tal forma que se estaba en presencia de un regreso a una dominación semicolonial.

A comienzos de los 80, Margaret Thatcher y Ronald Reagan encarnaron este “toque de rebato” de los capitalistas a escala mundial: llegaba la hora del capi-

² *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1996, p. 49. Si bien Wallerstein es un autor no realmente marxista que, por lo general, comete el error *à la* Kondratief de dejar fuera de sus análisis de las tendencias mundiales a la lucha de clases, suele dejar observaciones sugerentes y agudas.

talismo neoliberal, que significó *el más sistemático ataque a las conquistas de los trabajadores y las masas populares del orbe*. Se trató de una verdadera “resurrección” del capital, en la que las fracciones más ricas de la población lograron recuperar posiciones en su participación en el ingreso mundial.

Según Duménil y Levy, “el neoliberalismo es habitualmente descrito como una ideología de libre mercado y de los intereses privados opuesta a la intervención del Estado. Aunque es verdad que el neoliberalismo transmite una ideología y propaganda a su servicio, es fundamentalmente *un nuevo orden social en el cual el poder y los ingresos de las fracciones más altas de las clases dominantes –las personas más ‘ricas’– fueron restablecidos mediante una derrota*. A pesar de que las condiciones que dieron lugar a la crisis estructural de los 70 fueron gradualmente superadas, la economía mundial permaneció básicamente caracterizada por el bajo crecimiento y el desempleo, y la desigualdad se incrementó tremendamente. Tal fue el costo de una restauración satisfactoria del ingreso y la riqueza de los más ricos” (ídem).

El retorno a condiciones laborales casi del siglo XIX resume lo que constituyó el corazón de una serie de medidas llamadas a quitarle una tajada creciente de su trabajo a la clase obrera mundial; justamente, la parte que había debido serle concedida como tributo a la Revolución Rusa y a la amenaza al orden capitalista de décadas atrás.

Sobre esta base material se dio un movimiento más amplio: la *transformación del globo en un terreno de libre valorización del capital*, donde se tiraron abajo las barreras aduaneras de las economías “autocentradas” y se puso a competir, internacionalmente, a las clases obreras de todos los países. Esto es, el capitalismo “puro” que mencionaba agudamente Husson.

TRES CIMIENTOS DE LA MUNDIALIZACIÓN

Estados Unidos fue el país que encarnó de manera más extrema esta ofensiva y “modelo”. En todos los planos, se consolidó el rol de EEUU como potencia imperialista hegemónica. Y la caída del “comunismo”, a comienzos de los 90, vino a “confirmar” que la libertad de mercado y la democracia de los ricos eran la máxima forma de organización social a la que podía aspirar la humanidad. Sólo se podía hablar de historia en sentido retrospectivo: hacia delante ya no habría novedades, ¡la historia (y con ella la clase obrera y la misma lucha de clases) había terminado!

Como venimos señalando, las contrarreformas neoliberales implicaron la *combinación de tres procesos: un masivo ataque a las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores de todo el orbe, la restauración del capitalismo en el tercio del mundo donde había sido expropiado y el retorno a formas más directas de recolonización de la periferia por parte del imperialismo*.

Pero en el fondo el movimiento fue uno solo: *recuperar para la acumulación capitalista áreas y/o porciones del trabajo no pagado que le habían sido arrebatadas por los trabajadores, los estados “nacionalistas” de la periferia y la burocracia “socialista” a lo largo de las vicisitudes del siglo XX*.

Respecto de la clase obrera mundial (y no sólo en el centro del mundo), los regímenes laborales del “compromiso keynesiano” habían significado un aumento significativo de la porción de trabajo necesario (salario directo e indirecto) y, por tanto, una reducción del componente del trabajo no pagado (o plusvalor). Con el giro de los años 80, esto se terminó.

A lo cual se agregó, como parte inseparable económica e ideológica, la completa *mercantilización* y puesta bajo el imperio de la ley del valor de determinadas áreas de la producción o los servicios que habían quedado excluidas de las leyes *directas* del capitalismo (salud y educación) o habían sido arrebatadas de su control en diversas formas por el movimiento “estatizador” que emergió en la segunda posguerra en países del centro y la periferia. Parte de esto fue la *apropiación* por parte del imperialismo de fuentes de recursos naturales (con las privatizaciones) y de inmensas reservas de renta agraria, hidrocarbúrica o minera.

Este último elemento operó vía el reforzamiento de los vínculos de *semicolonización* de la periferia. En términos económicos, significó el restablecimiento de *mecanismos de directa transferencia de valor desde estos países al centro imperialista*; en términos políticos, una *sumisión total* al imperio que un ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina de los 90 caracterizó de manera muy gráfica: “relaciones carnales”.

En el mismo sentido operó un movimiento más de fondo: el de aquellos países donde el capitalismo había sido expropiado, en los que, si bien habían seguido sometidos de una u otra manera al mercado mundial y a la ley del valor, el trabajo no pagado de sus trabajadores era apropiado por las burocracias “socialistas”, y sólo *indirectamente* por el imperialismo.

La *restauración del capitalismo* en países inmensos como Rusia y China significó la vuelta a la explotación directa de la clase obrera de todos estos países, un elemento de crucial importancia en la recuperación de la tasa de ganancia. El hecho de que China es hoy el “taller manufacturero del mundo” da idea cabal del peso económico de la ampliación del *hinterland* del capitalismo. Sobre estas bases materiales se edificó el curso del capitalismo de los últimos treinta años, que logró una recuperación de las tasas de explotación y ganancias (no así de acumulación, como veremos), y que ahora ha hecho crisis a escala global.

EL FUNDAMENTO DE LA CRISIS: EL CAPITAL ES SU PROPIO LÍMITE

El neoliberalismo se caracterizó, entonces, por un enorme salto en el grado de explotación del trabajo respecto de lo que fue la norma en las décadas de la inmediata posguerra. Sin embargo, este salto en la tasa de explotación estuvo marcado por una contradicción nunca resuelta, y que es la que ha hecho abiertamente crisis en la actualidad.

Se trata de una contradicción clásica y recurrente del sistema capitalista: *la tendencia a la caída del nivel (tasa) de ganancia*, hoy bajo las formas específicas de la particular reorganización del modo de producción capitalista bajo la

fase de la mundialización neoliberal.³ Pero antes de enfocar la forma concreta de organización de la producción bajo el neoliberalismo (lo veremos en el próximo punto), echemos una ojeada a la interpretación marxista de las crisis capitalistas.

Como estableció clásicamente Marx, el capitalismo tiene tipos de crisis que le son específicas, muy distintas a las crisis que ocurrían en los sistemas *pre-capitalistas*, marcadas por la desigualdad entre el crecimiento poblacional y la carencia de medios para hacerle frente; eran, invariablemente, crisis de escasez. En cambio, ya en el *Manifiesto Comunista*, Marx muestra que las crisis *capitalistas* no se dan por falta de medios de existencia, sino por su exceso. Se producen en demasía mercancías que no encuentran salida en los mercados. Marx señala que “la razón última de todas las crisis reales siempre sigue siendo la pobreza y la restricción del consumo de las masas, en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese su límite” (*El capital*, tomo III, p. 632). Pero esta realidad, según Marx, es expresión derivada de tendencias más de fondo, de una explicación más profunda: *la tendencia histórica a la caída de la tasa de ganancia de los capitalistas. Este factor es el que subyace hoy a la actual crisis*, más allá de que toda crisis tenga una combinación de fenómenos particulares que le den identidad. Volveremos sobre esto.

El capitalismo, como modo de producción históricamente específico⁴, tiene una lógica perversa que hace al mecanismo intrínseco de su funcionamiento, y es que *su objetivo no es la satisfacción de las necesidades humanas, sino la ganancia por la ganancia misma*. Es decir, los capitalistas organizan la economía con el solo objetivo de incrementar invariablemente su capital mediante el robo de una parte del trabajo de los trabajadores.

Lo que Marx advirtió es que, como tendencia histórica, secular, la tasa de ganancia (es decir, la razón entre el trabajo no pagado o plusvalía y los salarios, las inversiones y la depreciación de los medios de producción; la fórmula de Marx es $TG = P / C + V$) debe caer, producto de la tendencia al constante *desplazamiento del trabajo vivo* (origen de P) por el componente *acumulado* del capital (capital constante fijo, esto es, C).

Es decir, como subproducto del desarrollo capitalista, tendencialmente, *iguales* cantidades de trabajo *vivo* ponen en acción cada vez *mayores* cantidades de trabajo *acumulado* (maquinaria). Esto se expresa en una mayor cantidad de mercancías producidas, pero cada una de ellas contiene *menor* cantidad de

³ Por modo de producción entendemos en este caso la particular *combinación* de determinado desarrollo de las fuerzas productivas (apropiación y transformación por la sociedad de la naturaleza), determinada organización de las relaciones de producción (relación capital-trabajo) e, incluso, una determinada intervención del Estado en la economía en lo que hace a los mecanismos de reproducción del capital (políticos y económicos).

⁴ *Todo* modo de producción tiene que asegurar una determinada apropiación y transformación de las riquezas de la naturaleza para responder a la exigencia elemental de satisfacer la necesidad humana de asegurar su reproducción.

trabajo vivo incorporado, y, por lo tanto, también una menor proporción de trabajo no pagado (plusvalía) respecto del capital total invertido que se ha puesto en acción (tasa de ganancia).⁵

El sistema de máquinas tiende a desplazar de manera creciente el trabajo vivo realizado por los trabajadores, y de ahí la tendencia del capital a buscar aquellas situaciones en que la proporción entre la ganancia obtenida respecto del capital invertido sea la mayor posible:

“Esta progresiva disminución relativa del capital variable en proporción con el constante, y por ende con el capital global, es idéntica a la composición orgánica progresivamente más alta del capital social en su promedio. Asimismo, es sólo otra expresión del desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo, la cual se revela precisamente en que, mediante el creciente empleo de maquinaria y de capital fijo en general, el mismo número de obreros transforma en productos mayor cantidad de materias primas y auxiliares en el mismo tiempo; es decir, con menos trabajo (...) La tendencia progresiva de la tasa general de ganancia a la baja sólo es, por tanto, una expresión, peculiar al modo capitalista de producción, del *desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo*” (K. Marx, *El capital*, tomo III, p. 271).

De esta manera, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo hace que el progreso de la producción descanse, de manera creciente, en la acumulación del capital y en el incremento en la composición orgánica del capital (relación $C / C + V$). Así las cosas, la acumulación tiende a “independizarse” del esfuerzo humano de trabajo directo implicado en la producción:

“El supuesto de esta producción es, y sigue siendo, la magnitud del tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado como el factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleado que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez –su poderosa eficacia– no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología [...] La riqueza efectiva se manifiesta más bien –y esto lo revela la gran industria– en la enorme desproporción entre el tiempo de trabajo empleado y su producto, así como en la desproporción cualitativa entre el trabajo reducido a una pura abstracción y el poderío del proceso de producción vigilado por aquél. El trabajo ya no aparece tanto como recluido en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo” (Karl Marx, citado por R. Rosdolsky, *Génesis y estructura de El capital de Marx*, p. 470).

Sin embargo, en la medida en que la ganancia depende del trabajo no pagado de la clase obrera y que la proporción de este trabajo tiende a reducirse res-

⁵ Una exposición moderna y didáctica del tema puede verse en Anwar Shaikh, *Valor, acumulación y crisis*, capítulo 6.

pecto del capital total involucrado en la producción, el sistema no puede sino vivir de crisis en crisis: depende del trabajo humano no pagado, que es el que compone la ganancia, pero, al mismo tiempo, la producción como tal depende cada vez en menor proporción de ese trabajo humano directo implicado en la producción. ¡Esta es la gran paradoja de la producción capitalista!

Por tanto, el verdadero límite de la producción capitalista es el capital mismo, que vive de succionar el trabajo no pagado de la clase trabajadora: “El *medio* empleado –desarrollo incondicional de las fuerzas productivas– choca constantemente con el *fin* perseguido, que es un fin limitado: la valorización del capital existente. Por consiguiente, si el régimen capitalista de producción constituye un medio histórico para desarrollar la capacidad productiva material y crear el mercado mundial correspondiente, envuelve al propio tiempo una contradicción constante entre la *misión histórica* y las *condiciones sociales de producción propias de este régimen*” (K. Marx, *El capital*, tomo III). Contradicción que arrastrará hasta su tumba.

NEOLIBERALISMO: MÁS EXPLOTACIÓN, INSUFICIENTE ACUMULACIÓN, EXCESIVO PESO DE LAS FINANZAS

Una vez establecido este marco teórico general, la cuestión ya no es las crisis capitalistas en general, sino el mecanismo específico que ha conducido a la actual. En primer lugar, en relación con la situación planteada hacia finales de los 60, cuando la tasa de ganancia había caído de manera importante, con las contrarreformas neoliberales el capitalismo logró una importante recuperación de sus tasas de explotación y ganancia.

Sin embargo, no se generaron suficientes *ámbitos de valorización* de sus capitales que permitieran mantener esas tasas de explotación y ganancia crecientes. Así, los “nichos” de la acumulación capitalista no fueron suficientes para relanzar el proceso de reproducción ampliada del capital a escala suficiente respecto de la media histórica del sistema.

Como dice Michel Husson: “Es iluminador enfocarse en la característica fundamental de la fase neoliberal, más o menos sin precedentes en la historia del capitalismo: *la recuperación de la tasa de ganancia no llevó a una simultánea recuperación en la tasa de acumulación*. Esa tasa de acumulación, tomando un promedio más allá de las fluctuaciones, y exceptuando el episodio de la ‘nueva economía’ en los Estados Unidos, permaneció en un relativamente bajo nivel (...) Si analizamos esta realidad desde los esquemas de reproducción de Marx, lo que vemos es un problema de *realización*, dado que ni la demanda de los asalariados ni tampoco la acumulación del plusvalor han estado creciendo a la misma tasa que el producto social. La solución a este problema estuvo basada en el ‘reciclaje’ del plusvalor no volcado a la acumulación ampliada hacia la financierización de la economía (“Una crisis sistémica, global y de largo alcance”).

El mismo fenómeno –recuperación de las ganancias, pero no de la acumulación– subrayan Duménil y Lévy al observar que ni siquiera en Estados Unidos

el neoliberalismo “puede ser considerado un modelo de crecimiento y acumulación” (“La contrarrevolución neoliberal”).

Husson señala que en 2007 (la tendencia viene desde comienzos de los 80), mientras que la tasa de ganancia en EEUU, UE y Japón alcanza un 5,5% sobre el capital total invertido, la tasa de acumulación sólo alcanza un magro 2,3% sobre esta misma base. En el mismo sentido, prácticamente con igual cifra, pero tomando la tasa de interés como patrón para la ganancia en general, Duménil y Levy señalan que desde una tasa de ganancia de prácticamente 0% en 1975 en EEUU, se pasó a alrededor de un 5,5% en los últimos diez años. Es decir, se confirma la recuperación de la ganancia pero con un *bajo nivel de reproducción ampliada* del capital.

Esto no significa que no haya habido ámbitos de inversión, reproducción ampliada y desarrollo de nuevas ramas productivas, desde la revolución informática y de las comunicaciones hasta el rol de países capitalistas como China o India. Sin embargo, esta abundancia o “sobrante” de capitales, *dado el bajo nivel de inversión terminó encontrando en el ámbito del capital-dinero el único lugar donde obtener ganancias excepcionales*: ¡de ahí las sucesivas burbujas económicas generadas en las últimas décadas!

Detengámonos un momento en este concepto de “plétora del capital”. Por un lado, como decía Marx, es connatural a todas las crisis capitalistas: “Ya por el hecho de que la acumulación de capital de préstamo resulta abultada por esta clase de factores independientes de la acumulación real pero que no obstante la acompañan, debe producirse constantemente en una determinada fase del ciclo una plétora del capital dinerario, y esta plétora debe desarrollarse con el desarrollo del crédito. Por consiguiente, con ella debe desenvolverse al mismo tiempo la necesidad de impulsar el proceso de producción más allá de sus límites capitalistas: sobrecomercio, sobreproducción, sobrecrédito. Al mismo tiempo, ello debe ocurrir siempre en formas que provoquen una reacción” (*El capital*, tomo III, p. 654).

Pero por el otro está la forma específica que ha adquirido este fenómeno en la actual crisis capitalista:

“La masa creciente de plusvalía que no fue acumulada fue fundamentalmente distribuida en la forma de dividendos financieros, y es ahí donde deben encontrarse las fuentes del proceso de financierización. La diferencia entre la tasa de ganancia y la tasa de inversión es un buen indicador del grado de financierización. Incluso hemos podido ver que el crecimiento del desempleo y el trabajo eventual han ido de la mano con el crecimiento de la esfera financiera. Aquí también la razón es muy simple: las finanzas tuvieron éxito en apropiarse de una gran parte de las ganancias por incremento de la productividad en detrimento de los asalariados. La relación entre el capital productivo y el capital financiero fue así profundamente modificada (...) Por todo esto, no debemos tener una visión reductivamente financiera del capitalismo contemporáneo, que implicaría ver la financierización como una tendencia ‘autónoma’. [Por el contrario,] debemos articular el análisis del fenómeno correctamente: cuando la tasa de ganancia crece gracias a una caída del salario sin la

recreación de las condiciones para una acumulación ampliada rentable, *las finanzas tomaron un rol funcional en la reproducción, proveyendo un mercado alternativo a la demanda económica de los asalariados*" (Husson, cit.).

Sin embargo, llegado un punto ya no se pudo sostener este nivel de valorización en el terreno del capital-dinero, que implicaba no sólo apropiación o punción al plusvalor generado en la producción, sino también la obligación de "retribuir" ingentes masas de capital ficticio.⁶ Volveremos sobre esto.

Esta burbuja tenía que explotar y explotó con todas las consecuencias conocidas: "No cabe duda de que las finanzas modernas han mostrado serias fallas. Algunos bancos parecieron dar por supuesto que los mercados estarían constantemente líquidos. *El comportamiento arriesgado generaba inmensos premios; se castigaba la cautela*. Incluso los mejores banqueros corrieron riesgos enloquecidos. Por ejemplo, para fines del año pasado, Goldman Sachs, de ningún modo el banco más audaz, tenía 1 billón de dólares en activos basculando sobre 43.000 millones de capital. La innovación financiera en derivados escapó de las manos de los entes reguladores" (*The Economist*, en *La Nación*, 18-10-08).

La dinámica de este proceso ya fue anticipada por los increíblemente actuales análisis de Marx: "Pero si esta nueva acumulación tropieza con dificultades en su aplicación, si choca contra la falta de esferas de inversión, es decir, si se opera una *saturación de los ramos de producción* y una sobreoferta de capital en préstamos, esta *plétora de capital dinerario prestable* no demuestra otra cosa que las limitaciones de la producción capitalista. La estafa crediticia que sigue a ello demuestra que no hay ningún obstáculo positivo que se oponga a la utilización de este capital excedentario. Pero sí hay un obstáculo en virtud de sus leyes de valorización, en virtud de los límites dentro de los cuales el capital puede valorizarse *como capital*".⁷

En definitiva, siempre en los mecanismos que han conducido a las crisis capitalistas se han combinado, como factores derivados o epifenómenos, elementos de crisis de realización del plusvalor (la capacidad de vender las mercancías producidas) con procesos de sobreacumulación (un uso mayor del trabajo socialmente necesario del que debería haberse utilizado en las inversiones) y desproporciones entre las distintas ramas productivas (demasiados medios de producción para demasiado poca demanda de parte de las industrias que abastecen el consumo). Esto ha dado lugar, históricamente, a todo tipo de controversias acerca de la explicación marxista de la crisis, cuestión en la que no podemos detenernos aquí.

Sin embargo, un punto debe quedar absolutamente claro: en el núcleo de todas las crisis capitalistas está la tendencia a la baja de la tasa de ganancia,

⁶ Por capital ficticio se entiende aquellas formas de capital dinero que aparecen "valorizándose" (en apariencia) sin vínculo alguno –directo ni indirecto– con el terreno mismo de la producción.

⁷ *El capital*, tomo III, p. 654. El freno al desarrollo de las fuerzas productivas le pone límites a una acumulación real si no alcanza los estándares de ganancia pretendidos. En esas condiciones, se genera esa plétora de capital dinero prestable, que busca en el interés una satisfacción a sus ansias de lucro.

que, en el caso de la actual crisis, no podía sostenerse a partir de la exigencia de altísima remuneración que pedía el capital-dinero. Esto no podía sostenerse más y estalló, bajo la forma de una quiebra (crack) en cadena del sistema de administración del capital-dinero, que es lo que ocurre hoy a escala internacional.

III. Los mecanismos de propagación de la crisis

ESTALLA LA CONFIGURACIÓN EEUU-CÉNTRICA DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

Un régimen de acumulación combina tres componentes: determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas, determinado tipo de organización de las relaciones sociales de producción y, también, determinado grado de intervención del Estado en la economía.

A escala mundial, estos factores dan lugar a la *configuración particular del capitalismo mundial en cada fase* de su desarrollo. Y la crisis que estamos viviendo ha hecho saltar por los aires la configuración del capitalismo de los últimos treinta años. Esto es, la manera en que se organizó la acumulación capitalista en esta fase neoliberal, que ha sido “EEUU-céntrica”. Nadie puede saber hoy qué *nueva* configuración de la economía internacional reemplazará a la actual, en un contexto que combina una crisis en el régimen de acumulación con otra de hegemonía a nivel del sistema mundial de estados. Pero la historia enseña que estas cuestiones nunca se han resuelto de manera planificada u ordenada, y mucho menos pacífica.

En las últimas décadas, el salto “exponencial” en el grado de explotación del trabajo se insertó en una configuración que siempre arrastró una grave dificultad de realización del plusvalor (venta de las mercancías). Varios analistas insisten en que éste es el rasgo “fenoménico” más sobresaliente de la actual crisis: la mayor parte de las economías nacionales están orientadas a la exportación. Es decir, *la economía mundial está caracterizada por un nivel de producción muy por encima de la capacidad de consumo*. Y además, alguien debía ser el “comprador de última instancia” de esos bienes exportables. Tal fue el papel de Estados Unidos.⁸ De ahí sus déficits combinados (comercial y de pagos) en torno al 7% del PBI anual, o el inédito grado de endeudamiento de los hogares estadounidenses.

Al mismo tiempo, si la economía mundial tiene un comprador de última instancia, también tiene un *vendedor* “de última instancia”: China, cuya situación hoy se encuentra comprometida ante el ajuste inevitable que deberá hacer EEUU a partir de la actual crisis. “Una gigantesca ola de ventas de acciones asiáticas (...) subraya el creciente nerviosismo de los inversionistas ante las vulnerabilidades de una región que, hasta hace poco, era considerada como rela-

⁸ Estableciendo una comparación a este respecto entre EEUU y China, señalemos que mientras 300 millones de norteamericanos consumieron 9,7 billones de dólares el año pasado, 1.300 millones de chinos sólo lo hicieron por 1,2 billones; una diferencia per cápita de 35 a 1.

tivamente inmune al contagio de la crisis financiera. (...) Aunque la exposición de los bancos a la contracción global del crédito ha sido motivo de preocupación, el punto más vulnerable es la *dependencia asiática de sus exportaciones a las debilitadas economías de EEUU y Europa*" (*The Wall Street Journal Americas*, 28-10-08). Y agrega el analista Stephen Roach: "La falsa premisa ha sido siempre que Asia podía desacoplarse. Creo que estamos presenciando que en una recesión global no hay cómo desacoplarse de los poderosos vínculos transfronterizos de los flujos de comercio, de capital, de mano de obra y de información" (ídem).

Volviendo a EEUU, su déficit comercial se combinaba con un déficit de la balanza de pagos porque los mismos países beneficiados en el comercio exterior con Estados Unidos (en primer lugar China y Japón), al tiempo que cobraban sus exportaciones, inmediatamente represtaban ese capital para financiar el consumo norteamericano (algo parecido a lo que, según contaba Marx, sucedía con Inglaterra).

Este mecanismo ha sido explicado exhaustivamente por Roberto Ramírez en nuestra revista (ver SoB 21). Pero lo que ahora resalta es que esta manera de organizar la economía mundial se ha venido irreversiblemente abajo a partir de la actual crisis.

"Esta crisis (...) ha tenido nacimiento en el seno de la economía más poderosa, y podemos afirmar que *marca el final de un modelo*. Durante más de quince años, el crecimiento de Estados Unidos estuvo fundado sobre una *tendencia al sobreconsumo financiado por el resto del mundo*. Al interior del país, la tasa de ahorro de los hogares ha venido bajando a lo largo de una serie de años y hoy es nula. Este dinamismo del consumo estuvo reforzado por el endeudamiento. Esta configuración se soldaba sobre la base de un déficit comercial proporcional a este sobreconsumo. *El modelo no se podía sostener sino a condición de que el déficit fuera financiado por la entrada de capitales proveniente de los países excedentarios* (países emergentes y/o productores de petróleo) (...) Que este modelo no puede funcionar más y que no haya en el horizonte un modelo previsible de recambio es una de las líneas de fuerza del período abierto por la crisis (...) Ante la necesidad de reequilibrar su modelo de crecimiento, *Estados Unidos va a tratar de descargar sobre el resto del mundo los costos de una incierta transición*. Es sobre el curso del dólar que van a cristalizar las tensiones previsibles, porque su baja amenaza con pesar sobre la actividad económica de Europa y desalentar el flujo de capital necesario. Los contornos de este 'ajuste' son difíciles de precisar, pero es seguro que la evolución económica mundial será en gran medida determinada por las medidas que vaya a tomar Estados Unidos para imponerle al resto del mundo los costos de la salvaguarda de su dominación" (Michel Husson, "¿Adónde va la crisis?", La Gauche, Québec, 16-10-08).

En síntesis: el régimen de acumulación está minado por varios lugares. En primer lugar, a nivel de las fuerzas productivas, la tasa de inversión de las últimas décadas ha sido baja. Si bien se ha dado el desarrollo de nuevas ramas productivas, parece haber coincidencia en que el capitalismo no cuenta hoy

con una rama “locomotora” de crecimiento de conjunto, como pudo ser el ferrocarril entre mediados y fines del siglo XIX, o el automóvil casi todo a lo largo del siglo pasado. En este sentido, según Husson: “Las múltiples innovaciones acumuladas durante los dos últimos decenios no dan lugar a incrementos de productividad suficientes, a falta del efecto de arrastre de la extensión de los mercados, y debido también a la rapidísima obsolescencia de los diferentes productos. Es lo que explica la ‘paradoja de Solow’, que constata que *las ganancias de productividad siguen siendo mediocres a pesar de las innovaciones tecnológicas y las transformaciones en la organización del trabajo*. Es la ausencia de mercancías susceptibles de sostener una producción y un consumo de masas lo que impide reanudar el ‘círculo virtuoso fordista’” (“Tras la edad de oro”, en *El legado de Ernest Mandel*, Verso, 2000).

En segundo lugar, en el ámbito de las relaciones de producción, el conjunto de contrarreformas estructurales introducidas en las relaciones laborales y el grado de retroceso en la participación de la renta nacional de los asalariados viene arrastrando problemas de subconsumo y sobreacumulación, hoy agravados ante la crisis global.

En este sentido, es interesante lo que señala F. Chesnais: “A seis u ocho meses, el principal interrogante, del que realmente depende el curso de la crisis financiera, se refiere a Asia. Esta crisis financiera podría no desembocar en una crisis mundial grave del tipo de la de 1929 si no se produjera una desaceleración general de la demanda mundial que revelase que hubo –desde el 2002 y más aun luego de 2003– un proceso de sobreacumulación en todas las economías asiáticas de la costa del Pacífico (en China, pero también Japón, Corea y Taiwán). Muchos economistas piensan que en esta región clave del sistema capitalista mundial la capacidad de producción instalada excede ampliamente las posibilidades de absorción del mercado mundial” (“Alcance y rumbo de la crisis financiera”).

Y en tercer y fundamental lugar, tenemos la ya señalada configuración insostenible de la economía mundial, que parece llevar de cabeza a modificaciones de inmensa magnitud, como la introducción de algún tipo de ajuste en la economía yanqui, al tiempo que la necesidad de redefinir qué hacer con su rama II de la industria deslocalizada: “La acumulación de capital en China se hizo sobre la base de procesos internos, pero también basándose en algo que está perfectamente documentado, aunque poco comentado: el traslado de una parte importantísima del sector II de la economía, el sector de la producción de medios de consumo, desde Estados Unidos a China. Y esto tiene mucho que ver con el grueso de los déficits norteamericanos (el comercial y el fiscal), que sólo podrían revertirse por medio de una ‘reindustrialización’ de los Estados Unidos” (F. Chesnais, “Como la crisis del ‘29 o más. Un nuevo contexto mundial”).

En el caso de China, está el problema de su sobreacumulación y de si va a alentar el consumo interno, y de qué manera: “El ‘modelo de crecimiento’ de China es del llamado ‘arrastrado por las exportaciones’. Más del 40% del PBI chino depende de sus exportaciones. Estados Unidos es el principal mercado

de China. Se estima que el grupo de distribución Wal Mart, que posee una red densa de tercerización en China, asegura cerca del 10% de las ventas chinas en el exterior, la mayor parte a Estados Unidos. China buscará compensar la desaceleración de la demanda norteamericana volviéndose hacia otros mercados, pero puede llegar el momento en el que, como ocurrió con Corea en octubre de 1997, los efectos de la sobreacumulación se transformen en factor inmediato de propagación internacional de la crisis. Las inversiones representan el 45% del producto interno bruto, y siguen aumentando a un ritmo del 25% anual" (Chesnais, idem).

En definitiva, ante la caída del régimen de acumulación neoliberal (al menos en su forma actual), sólo hay dudas respecto de qué tipo de orden lo va a reemplazar.

LA PROPAGACIÓN DE LA CRISIS: DINERO, CRÉDITO, CIRCULACIÓN Y PRODUCCIÓN

"El dinero no es sino *la grasa del cuerpo político*; cuando abunda, como suele ocurrir, se reduce la agilidad de ese cuerpo, y cuando hay demasiado poco, aquél se enferma... Así como la grasa lubrica el movimiento de los músculos, los nutre cuando faltan los víveres, llena las cavidades irregulares y embellece el cuerpo, el dinero aviva los movimientos del Estado, lo nutre desde el extranjero en tiempos en que predomina la escasez dentro del país... y embellece el conjunto, aunque más especialmente a los particulares que lo poseen en abundancia" (William Petty, economista clásico inglés, citado por Marx en *El capital*, tomo I, p. 178).

La crisis que se estaba abriendo paso en las entrañas de la producción termina emergiendo como crisis del capital-dinero; esto es, como peligro de "disolución" (derretimiento) del sistema financiero mundial. Los indicadores que daban cuenta de una ralentización del ritmo de crecimiento de las principales economías del mundo venían desde antes del estallido de la crisis financiera, como ocurrió en la Gran Depresión de los 30.

Sin embargo, la crisis en el terreno del capital-dinero tiene una mecánica específica, que multiplica exponencialmente las dimensiones de la crisis recesiva. La crisis financiera⁹ amenaza a cada instante con reactivar brutalmente sobre los fundamentos más íntimos de la producción, bajo la forma de una *crisis de restricción crediticia (credit crunch)*.

En la crisis crediticia, los potenciales prestadores de dinero (los bancos) alimentan la presión recesiva por la vía de una cerrada negativa a prestar dinero. Dicho de manera gráfica: privar de crédito a las economías es como privar a una persona de oxígeno. Al ampliarse e intensificarse la crisis financiera, la economía comienza a sofocarse. Concretamente, el grado de profundidad de la crisis depende también del grado de restricción del sistema de créditos, sea en la habilitación de crédito a los bancos, a las industrias, a las diversas ins-

⁹ Por crisis financiera, Duménil y Levy entienden una crisis de oferta crediticia combinada con una crisis bancaria.

tancias gubernamentales o a los particulares. De ahí los rescates multimillonarios que se anunciaron desde los principales gobiernos imperialistas, y que ya suman 5 billones de dólares (sólo EEUU, Inglaterra, Alemania y Japón comprometieron 3 billones).

Así las cosas, de una crisis en el terreno de las *finanzas* (o sea, de los capitales bajo la forma de capital-dinero y ficticio: créditos, acciones, títulos, hipotecas) se fue pasando a una crisis creciente en la llamada “economía real”. Este desarrollo de la crisis ha abierto un debate acerca de si enfrentaremos en los próximos meses “meramente” una profunda recesión o una depresión mundial. Sobre esto, naturalmente, sólo cabe hacer pronósticos alternativos y abiertos.¹⁰

Hace 150 años, Marx dejaba establecido que el capital –que no es más que trabajo humano acumulado– asume tres formas íntimamente relacionadas: capital productivo (es decir, aplicado a la producción material directa bajo la forma de fuerza de trabajo, medios de producción y materias primas), capital mercantil (capital bajo la forma de mercancías-productos) y capital-dinero (el común pero unilateralmente denominado “capital financiero”). Como se desprende de la definición, una forma no puede existir sin la otra porque en sustancia son *una y la misma cosa*: trabajo humano acumulado. Sólo por obra de una maniobra polémica se puede pretender separar la llamada “economía casino” (o “especulativa”) de la “real” o “productiva”. No existe ni puede existir tal separación: sea bajo la forma de capital en la producción, sea bajo la forma de mercancías-productos o de capital-dinero, todo es capital:

“Como demostró Marx en el tomo II de *El capital*, el ciclo del capital-dinero, aunque diferente de los ciclos del capital productivo y del capital comercial, es parte inseparable del proceso de circulación o de reproducción del capital en su conjunto. Dicho de otra manera, sin ‘finanzas’ no podría haber producción ni comercio capitalistas. La ‘valorización’ del capital –es decir, la extracción de valor excedente (plusvalía), base de la ganancia industrial y comercial y del interés bancario– se realiza en el ciclo productivo. Pero, a su vez, este ciclo del capital productivo no podría ‘girar’ sin finanzas ni comercio. El capitalismo es uno solo” (Roberto Ramírez, “Causas y consecuencias del tembladeral financiero”, *SoB* 21).

Por ende, no es posible contraponer de manera absoluta una de las formas del capital con las otras, o pretender que se puede “suprimir” una de ellas sin tirar abajo todo el edificio del sistema capitalista.

Lo anterior no obsta a que, por las formas características y particulares que adquirió el régimen de acumulación capitalista bajo su configuración neoliberal, existía (y existe) en un grado mayor al habitual una verdadera plétora del

¹⁰ Claudio Katz, en un reciente trabajo, comete el error metodológico de dar una definición acabada sobre los alcances que eventualmente tendrá la crisis, circunscribiéndola a una “de la magnitud de la de 1974-75”. Esto parece, además, un error de hecho, cuando muchos analistas están señalando que, a su entender, se está ante la conmoción más grave en la economía desde los años 30.

capital, en lo que hace a un desarrollo totalmente distorsionado de la esfera del capital dinero (y del ficticio¹¹) respecto del mercantil y productivo.

Para tomar sólo un parámetro: si el PBI anual del mundo rodea los 50 billones de dólares, la suma del capital dinero y ficticio podría estar orillando los 500 billones. ¿Dónde queda entonces el hecho que, en última instancia, el dinero no es más que el representante general de la riqueza, que debería guardar alguna proporción respecto de lo representado, so pena de estallar cual pompas de jabón?

Esto se vincula con las características de la acumulación capitalista en las últimas décadas y una distorsión que no podía menos que estallar, pero no significa que se podría pensar una de las formas fenoménicas del capital con independencia de las demás. ¡Para acabar con el parasitismo y la especulación financiera hay que acabar con el capitalismo!¹²

Una segunda cuestión también muestra la íntima interconexión de estas tres formas de existencia del capital, a saber, que una economía que, como la capitalista, produce mercancías para el intercambio, necesita de un mediador, el dinero, para los actos de compra y venta. El trueque sólo es apto para economías de autosubsistencia, que no intercambian más que los excedentes. En cambio, la producción mercantil, por definición (así lo señalaba Marx), es irremediamente “unilateral”: cada unidad productiva se especializa en una determinada producción, y todo lo demás (las necesidades “multilaterales”) adquiere su satisfacción en el mercado. Institución que no hace más que reflejar una determinada división social del trabajo que ocurre en el ámbito mismo de la producción.

Al generalizarse la necesidad de los intercambios para poder satisfacer las diversas demandas de la producción y el consumo, inevitablemente debe surgir una mercancía mediadora que facilite los actos de compra y venta.

Es aquí que aparece un tipo de mercancía “especial”: el dinero (mercancía absolutamente enajenable) como medio de pago y circulación. Con el avance del capitalismo, se desarrollan aquellos que administran cantidades de dinero: así aparece el sistema de crédito y, más en general, el sistema financiero.¹³

En la actual crisis financiera mundial, justamente, se están *destruyendo* ingentes cantidades de capital bajo la forma de capital-dinero (real y ficticio). Si esta destrucción no encuentra un piso y se produce una brutal restricción crediticia, producto de una crisis bancaria generalizada, es como si la economía se quedara sin su “lubricante”, o asfixiada. Si se “seca” la acción del dinero para los intercambios en una economía con tal grado de desarrollo, la recesión inevitablemente se transformará en depresión, con desvalorización y destrucción de capital mercantil, capital productivo y capital dinerario.

¹¹ Por capital ficticio se entiende una forma que no es en realidad, propiamente, capital, sino “duplicaciones” o “triplicaciones” de capital: es decir, “sombras” de capital. Ver más abajo.

¹² “Proudhon (...) no comprende que para abolir el interés, tendría que abolir el capital mismo, el modo de producción fundado en el valor de cambio, y por consiguiente también el trabajo asalariado”. K. Marx, citado en R. Rosdolsky, cit., p. 433.

¹³ Es decir, el sistema de bancos comerciales, de inversión, las bolsas de comercio, etc.

Sólo a modo de ilustración, veamos la depreciación en curso en las bolsas mundiales desde fines de septiembre de 2007 a fines de octubre de 2008: China ha caído un 69%; Hong Kong, un 59%; Japón, un 57%; India, un 51%; Alemania, un 45%; Inglaterra, un 40%, y EEUU (Dow Jones), un 41% (*The Wall Street Journal Americas*, 28-10-08). La capitalización bursátil se ha hundido, arrastrando el capital ficticio característico de ésta, pero también ingentes masas de capital-dinero real.

En la Gran Depresión de los años 30, la caída de Wall Street alcanzó el 83%, lo que parece lejos de la cota en EEUU hoy. Pero en términos reales, la capitalización bursátil de Wall Street era 100 veces menor, por lo que la actual destrucción de valor es ya mucho mayor.

Como señalara Marx, “en la reducción de la velocidad del curso dinerario se pone de manifiesto el hecho de que esos procesos se disocian, [los actos de compra-venta] se vuelven autónomos y antagónicos, el hecho del estancamiento del cambio de formas, y, por consiguiente, del metabolismo [de los intercambios]. La circulación misma, desde luego, no nos explica las causas que motivan ese estancamiento. Se limita a mostrarnos el fenómeno”.¹⁴

Veamos la opinión del analista burgués Nouriel Roubini, preocupado por que una eventual quiebra sistémica del sistema financiero internacional termine transformando la recesión en curso en una depresión al estilo de la de la década del 30, de la cual sólo se salió con la guerra más devastadora que conoció la humanidad.

“El sistema financiero de EEUU y las economías avanzadas están frente a la eventualidad de un derretimiento financiero sistémico (...) Hoy hay el comienzo de una corrida generalizada contra el sistema bancario de estas economías, el peligro de un colapso del sistema bancario en las ‘sombras’ (esto es, prestamistas no bancarios, prestadores de hipotecas no bancarios, fondos de cobertura)” (N. Roubini, 9-10-08).

Como señala Roubini, el grado de restricción crediticia que se vaya verificando podría transformar lo que actualmente ya es una recesión segura en una nueva gran depresión.¹⁵ Nadie tiene claro cuántos activos van a quedar para cuando venga la próxima ronda de quebrantos, ahora en el terreno de la economía real. Se trata de la eventualidad de bancarrotas de insignes instituciones del capitalismo, como las automotrices General Motors y Chrysler.

“GM y Chrysler calculan que una compañía combinada necesitaría al menos 10.000 millones de dólares en nuevo capital para despedir trabajado-

¹⁴ *El capital*, tomo I, volumen I, pp. 147. Por esto la crisis del sistema financiero, de los bancos y crediticia siempre debe reconducir a la comprensión de la crisis en las entrañas de la economía: es decir, las razones que han motivado la abrupta caída de la tasa de ganancia.

¹⁵ Respecto de los sincronizados índices recesivos de las economías de EEUU y Europa, en el último año el PBI industrial estadounidense cayó el 4,5%; al mismo tiempo, el PBI francés ya acusó una baja del 0,3% en el segundo trimestre del año y del 0,1% en el tercero (es decir, el país está técnicamente en recesión), y Alemania espera ya una baja de su PBI para 2009 de entre el 0,2% y el 0,8%. Acompañando la caída del producto en general, están en ascenso las tasas de desempleo en todas las economías imperialistas.

res, cerrar plantas, integrar a ambos fabricantes y proveer liquidez (...). 'Sin intervención externa, sea una consolidación o la asistencia gubernamental, prevemos que GM llegará a su peor situación de liquidez en menos de 12 meses' (...) Ambas automotrices declararon públicamente este mes que la solicitud de protección por bancarrota no es una opción que estén considerando (...) Un recurso a la protección del tribunal de quiebras destruiría la reputación y atractivo de sus productos" (*The Wall Street Journal Americas*, 28-10-08). Se trata de un clásico mecanismo de concentración y centralización de capitales ante la crisis: de las tres históricas automotrices yanquis sobra al menos una, y esa industria emblemática de EEUU ya no volverá a ser la misma.

Veamos la escala del eventual quebranto: "A través de una red de 10.000 concesionarios, GM y Chrysler cuentan con ventas combinadas en EEUU de entre 110.000 y 130.000 millones de dólares, una cifra que se acerca al 1% del Producto Interno Bruto del país. Cuentan con una plantilla de aproximadamente 145.000 trabajadores [sólo] en EEUU y más de 110 plantas de ensamblaje. Además, unos 600.000 jubilados dependen de ambas automotrices para sus beneficios de salud y pensiones" (ídem). Para no hablar de que arrastrarían en su caída al resto de las plantas en el mundo, la industria autopartista, las siderúrgicas...

En definitiva, sobre una crisis que tiene su fundamento en las disfunciones en el ámbito mismo de la producción, reaccúa entonces otra: la crisis del sistema de administración del capital-dinero. Esta última no es más que *una forma de manifestación de la crisis productiva en el terreno de la circulación*. Pero, debido a las condiciones específicas de su acción, amenaza a cada instante con un *feedback* sobre los fundamentos mismos de la economía real: "En un sistema de producción en el cual toda la conexión del sistema de reproducción se base en el crédito, si el crédito cesa súbitamente y sólo vale ya el pago en efectivo, debe producirse evidentemente una crisis, una violenta corrida en procura de medios de pago. Por ello, a primera vista *toda* la crisis *sólo* se presenta como una crisis de crédito y de dinero" (K. Marx, *El capital*, tomo III, p. 630).

SOMBRAS DE CAPITAL¹⁶

La actual crisis vuelve a ratificar el análisis clásico de Marx del funcionamiento del capitalismo y sus crisis, tanto de sus mecanismos íntimos como de sus categorías generales.¹⁷ Entre ellas, la de capital ficticio, así como la de plétora o superabundancia de capital-dinero, ambas estrechamente relacionadas. En la presente crisis, esos fenómenos han jugado un papel superlativo.

¹⁶ Sección aportada por Roberto Ramírez.

¹⁷ Es curioso cómo en los intervalos de bonanza que se dan entre las crisis la academia y el periodismo burgueses declaran "caduco" a Marx. Estas tonterías fueron consagradas como verdades indiscutibles, en especial (pero no solamente) durante el auge neoliberal-globalizado nacido en los 80. La crisis vuelve a poner las cosas en su lugar, y ahora los medios han descubierto el nuevo grito de la moda académica: volver a *El capital* de Marx, que pasó a reeditarse con velocidad fulminante...

Sin embargo, si bien capital-dinero y capital ficticio están estrechamente relacionados, no son la misma cosa; no todo el capital-dinero es capital ficticio. *En tanto el capital-dinero mantiene su vinculación con la producción material, como resultado de y/o adelanto para el proceso productivo, de ninguna manera se trata de capital ficticio. Se trata, simplemente, de valor y plusvalor bajo la forma de dinero, resultado de un movimiento de valorización recientemente ocurrido o que está por ocurrir.* Por esto mismo, por lo menos parte del capital de crédito (el que se halla vinculado a la producción) también es capital-dinero y exige un interés, porque se considera con derecho a una alícuota de la plusvalía que está por obtenerse con la aplicación de este capital de préstamo a la producción.

Veamos ahora el llamado capital ficticio y su peso en la actual crisis. En el tomo III de *El capital*, Marx desentraña lo que llama las “formas absurdas del capital”¹⁸, que en esta ocasión han tenido un importante despliegue, como en otras grandes crisis del pasado.

Hay diversas formas de “capital ficticio”, cuya matriz y posibilidad está dada –como señala Marx– en el capital a interés. Todas tienen en común que ese “capital ficticio” o “ilusorio” *genera una renta, una ganancia, pero sin vínculo alguno con el proceso productivo.*

Recordemos que el capital *no es simplemente riqueza acumulada bajo una u otra forma. El oro enterrado por un pirata no es capital. Sólo puede convertirse en tal si se lo desenterra y se lo invierte en la producción.*

El capital es una relación social por la cual “el valor se valoriza”; es decir, se incrementa a través de un proceso de producción y reproducción. Y la relación social que está detrás de ese proceso de valorización es la apropiación por parte del capitalista del valor excedente o plusvalor que genera el trabajador asalariado. La ganancia industrial y comercial o el interés que recibe el banco que ha hecho un préstamo para ese proceso tienen origen en ese plusvalor generado en el proceso de producción.

Pero junto con esto surgen formas incongruentes, “absurdas”, “ilusorias”, que parecen obrar un milagro: la multiplicación del capital-dinero. Esto es, dinero que se valoriza a sí mismo, sin tomarse la molestia de pasar por un proceso de producción. “Se borra hasta el último rasgo del proceso de valorización del capital y se refuerza la idea del capital como un autómatas que se valoriza a sí mismo y por su propia virtud” (ídem).

La primera forma que señala Marx de “capital ficticio” son los títulos de la deuda pública de los estados. Aparecen como si fuesen un capital porque “el Estado paga a sus acreedores... una determinada cantidad de intereses por el capital que le prestan.... Pero el capital cuyo fruto (interés) se considera el pago

¹⁸ “El capital a interés es, en general, la matriz de todas las formas absurdas del capital, por donde se explica que las deudas, por ejemplo, puedan aparecer a los ojos del banquero como mercancías” (K. Marx, *El capital*, tomo III, sección V). Esto es exactamente lo que ha sucedido con la genial “industria financiera” que fabricaba “productos” como las hipotecas *subprime*, que se empaquetaban y vendían como MBS (*mortgage backed securities*) y otros “instrumentos financieros”, como si fuesen mercancías.

del Estado es, en todos estos caso, un capital ilusorio, ficticio. No sólo porque la suma prestada al Estado ya no existe, sino además porque jamás se destinó a... invertirse como capital (el Estado la usó para financiar diversos gastos improductivos), y sólo su inversión como capital habría podido convertirla en un capital que se conserva a sí mismo" (ídem). Esta apariencia de capital se fundamenta en que *esos títulos rinden una renta* y pueden comprarse y venderse. Pero "desde el momento en que los títulos de la deuda fuesen *invendibles*, desaparecería la apariencia de ese capital" (ídem), como ha sucedido efectivamente con los títulos de los estados que entran en *default*.

Sin embargo, para que esa forma ilusoria de capital pueda rendir un interés, debe provenir de *una punción sobre el proceso productivo*: en este caso, los impuestos que el Estado cobra a la población, y que en parte se destinan al pago de la deuda pública.

Pero las formas de capital ficticio no se reducen a los títulos de deuda pública. Incluyen los títulos de deuda privada y especialmente las acciones, todos valores que se compran y venden, como si fuesen mercancías, en los "mercados de capitales", las bolsas. La acción, en principio, "no es, como ocurre en el caso de la deuda pública, un capital puramente ilusorio... Las acciones de las compañías... representan un verdadero capital: a saber, el capital invertido y que funciona en esas empresas... Pero este capital no existe por *doble* concepto: de una parte, como valor-capital... de las acciones, y de otra parte, como el capital realmente invertido o que ha de invertirse en aquellas empresas. Existe sólo bajo esta segunda forma. La acción no es otra cosa que un *título de propiedad* que da derecho a participar en la *prorrata* del plusvalor que aquel capital produzca" (ídem).

Las diversas formas de capital ficticio confluyen en los bancos: "La mayor parte del mismo capital bancario es puramente ficticio y se halla formado por títulos de deuda (privada), títulos de deuda pública (que representan capital pretérito) y acciones (asignaciones que dan derecho a percibir rendimientos futuros)". Marx advierte cómo el valor de este "título de propiedad" sobre la plusvalía futura, este capital-acciones, adquiere un "movimiento independiente" que "viene a confirmar la *apariencia* de que constituye en verdadero capital... Se lo convierte, en efecto, en mercancías cuyo precio adquiere un *movimiento propio*... Su valor comercial asume una determinación distinta de su valor nominal, sin que se modifique el valor (aunque puede modificarse la valorización) del verdadero capital" (ídem).

Dicho de otra forma: la cotización de las acciones y títulos en bolsa pueden oscilar en forma relativamente amplia en comparación con sus valores nominales y sus rendimientos futuros. Paradójicamente, suele ser en la antesala de un estallido financiero (como la actual, la de 1929 o la observada por Marx en Gran Bretaña en 1857) que esta relación entre precio (de la acción u otro título) y ganancia se hace cada vez más divergente y hasta disparatada. Al mismo tiempo, contradictoriamente, los valores suben y suben, lo que permite hacer grandes ganancias especulativas. Pero, como había advertido Marx, "es precisamente en vísperas de un *crash* cuando los negocios parecen desarro-

llarse de un modo casi exageradamente sólido... Los negocios se mantienen brillantes y... en una situación de prosperidad, hasta que, de la noche a la mañana, se produce la catástrofe" (ídem).

La *hipertrofia de capital ficticio* que suele caracterizar el "prólogo" del estallido de este tipo de crisis se debe a un proceso más subterráneo pero determinante: la *caída de la tasa de ganancia del capital productivo*, a la que nos hemos referido más arriba. El descenso de la tasa de ganancia genera lo que Marx llama una "plétora de capital-dinero": buena parte de las ganancias ya realizadas *no se reinvierten en la producción*. Y si esas ganancias "no vuelven a convertirse en los elementos de producción del capital-mercancía, no tiene más remedio que permanecer durante algún tiempo bajo la forma de dinero. Y esta masa crece a medida que crece la masa misma del capital, aun cuando disminuya la cuota de ganancia (...) Pero si esta nueva acumulación tropieza en su desarrollo con dificultades, con carencia de órbitas de inversión; si, por consiguiente, están abarrotadas las ramas de producción y existe exceso de oferta de capital de préstamo, esta plétora de capital-dinero... sólo demostrará una cosa: a saber, las trabas con que tropieza la producción capitalista" (ídem).

La plétora de capital dinero que no encuentra remuneración en la producción se vuelca a los circuitos del capital ficticio: "Al desarrollarse el capital-dinero disponible, se desarrolla la masa de los valores rentables, acciones, títulos del Estado, etc... Pero aumenta al mismo tiempo la demanda de capital dinero disponible, puesto que los *jobbers* [especuladores de bolsa] que especulan con estos títulos y valores desempeñan un papel fundamental" (ídem).

Esta marea alimenta a su vez el alza de títulos y acciones sin proporción con sus reales posibilidades de ganancia. La formación de "burbujas" (que no es un invento del siglo XXI; la primera, la del mercado de tulipanes, es del siglo XVIII) es sólo el prólogo, más rápido o más demorado, del estallido final. Pero estas grandes crisis financieras son, en última instancia, la manifestación espectacular de una crisis económica que se ha venido gestando "por abajo", en la esfera de la producción.

Por supuesto, las crisis que se han dado en este siglo y medio han tenido cada una su historia y su configuración específicas, que sólo pueden comprenderse en la trama concreta de las relaciones entre las clases y entre los estados.

Sin embargo, la actual crisis ha ratificado plenamente que sólo a partir de las categorías y leyes descubiertas por Marx es posible dar cuenta científicamente de ellas con una comprensión que sea mucho más que una descripción de hechos o "teorías-justificación", como las que ya empiezan a escucharse desde el fracasado campo de los ideólogos del capitalismo.

IV. Una contradicción insalvable: economía mundial y estados nacionales

EL ESTADO AL RESCATE DEL CAPITAL

El sacudón que ha recibido el “paradigma neoliberal”, incluyendo su visión del Estado, puede mensurarse en afirmaciones como éstas, que obviamente no proceden de ningún marxista: “La historia puede darnos una lección más amplia en estos momentos: el capitalismo derrota al comunismo sólo para ser derrotado a su vez por su propia codicia implosiva, y ser obligado a retroceder a la ética socialista de la administración y propiedad estatal de partes clave de la economía”.¹⁹

El Estado ha sido llamado a la palestra como salvador último de la crisis de los mercados. Para tratar de evitar una depresión, los gobiernos pusieron en marcha planes de rescate en masa de las instituciones bancarias: he aquí uno de los rasgos distintivos de la actual crisis. Se trata de una medida sin precedentes históricos; sólo en la década del 30 había asomado el fantasma de una quiebra masiva de todo el sistema financiero mundial. Por otra parte, en los años 30 el tamaño de ese sistema no era ni por asomo comparable al actual, tanto en términos absolutos como relativos.

En este marco, y ante una eventual quiebra en cadena de los principales bancos del mundo, se abrió una discusión pública en el seno de los imperia-lismos. El gobierno de Bush se negaba rotundamente a llevar a cabo un rescate que significara afectar los derechos de propiedad. De ahí que el plan Paulson se refiriera a la compra de deuda “tóxica”, no a estatizaciones bancarias. Sin embargo, con estos límites el paquete no surtió efecto alguno. De ahí que desde el otro lado del Atlántico apareciera la propuesta del gobierno laborista de Gordon Brown, que, desesperado por defender el lugar de la City londinense en las finanzas internacionales, anunció un paso decisivo: la estatización parcial (pero aun así masiva) de los principales bancos del país. Finalmente, a estas estatizaciones se sumó el gobierno de Bush.

Para evaluar los alcances reales de esta medida, cabe tener en cuenta algunos puntos. Por un lado, lo que se resolvió fue la compra de acciones de los bancos como manera de capitalizarlos (no sólo las carteras “tóxicas”). En estas condiciones, la estatización significa formalmente algún tipo de afectación al imperio de la propiedad privada, ya que la propiedad estatal (así sea de un estado burgués) es una forma *bastarda* de “socialización” de la propiedad. Claro que en el caso de un estado capitalista, se trata de una forma de propiedad *capitalista de Estado* que *inhibe* la tendencia a la socialización *real*.

Aun así, fue un trago muy amargo para el dogmatismo neoliberal; de ahí que Bush aclarara que estaba “obligado a tomar esta medida contra sus instintos” y que “me opondría a estas medidas en circunstancias normales, pero

¹⁹ Alan Cowell en *Internacional Herald Tribune*, “El fin del gran sueño de los baby boomers”, en *La Nación*, 12-10-08.

éstas no son circunstancias normales". Hasta un vocero clásico del capitalismo de "libre mercado" como la revista inglesa *The Economist*, debió recurrir a esa especie de "ley de la excepcionalidad" para señalar que "continúa con la vocación libremercadista, pero en situaciones de crisis de tal magnitud como las que se están viviendo, era inevitable tomar medidas de excepción".

Naturalmente, este tipo de "estatización" no tiene nada que ver con la de los programas del socialismo. En este caso se "infringe" parcialmente la propiedad privada sólo para *rescatar* a la propia propiedad privada: "No se pretende debilitar el libre mercado, sino fortalecerlo", afirma Bush. Se trata, en el fondo, de medidas de *socialización de las pérdidas* que va a pagar el pueblo trabajador, para salvar el sistema financiero y bancario mundial y volver a privatizarlo una vez que pase el vendaval.

De ahí que se hable siempre de estatizaciones "parciales", que implicarán inyectar cientos de miles de millones de dólares, sólo en EEUU, en el Bank of América, J.P. Morgan Chase, Citigroup, Wells Fargo, Goldman Sachs, Morgan Stanley, Bank of NY, Mellon y State Street. Así, el Estado yanqui compra acciones en todos los bancos de la primera potencia económica mundial... pero para rescatarlos de la quiebra.²⁰

Por el contrario, un proceso de *verdadera* estatización del sistema bancario (o industrial, cuando comiencen los quebrantos que ya están en marcha en la economía "real") debería ser total y sin indemnización alguna: es decir, no estatizar para volver a privatizar ni para salvar a los capitalistas bancarios que han llevado el sistema a la ruina.

En segundo lugar, en vez de entregar a un Estado de funcionarios y burócratas la administración del sistema, la estatización debería ser puesta en marcha bajo control de sus trabajadores, como parte de un plan integral de planificación económica, porque, como decía Lenin en *El Estado y la revolución*, el sistema bancario y de crédito debería ser uno de los órganos de la planificación de la economía nacional.

Esto nos remite a la cuestión de la "eficacia" de la intervención estatal. Una gran diferencia con la crisis del 30, por lo menos hasta la llegada al gobierno de Roosevelt (1933), es que bajo el dogmatismo liberal de la presidencia Hoover la orientación fue dejar que el sistema se "purgara" por sí mismo y se destruyera el capital excedente que se debía destruir, para así recomenzar de manera "sana" el proceso de la acumulación. Esta ortodoxia se reveló como intolerable socialmente, y es por eso que hoy los gobiernos imperialistas neoliberales proponen planes "intervencionistas" para mediar o paliar la crisis.

Esta intervención estatal masiva (ratificada como nuevo "consenso global" en la cumbre del G-20 en San Pablo) intenta "mediatizar" los aspectos más catastróficos de la crisis. Pero asoman aquí dos problemas: uno de orden concreto y otro conceptual.

²⁰ En Inglaterra el rescate abarca también a casi todos los bancos importantes: Abbey, Barclays, HBOS, HSBC, Lloyds TSB, Nationwide y Royal Bank of Scotland.

Lo concreto es que *no hay plata que alcance*. En lo inmediato, se frenó la eventualidad de una quiebra en cadena de los bancos. Pero la restricción crediticia continúa, las caídas bursátiles son tremendas y nadie puede asegurar que no va a venir una ola de quebrantos directamente desde la economía real. Además, nadie sabe cuáles serán las consecuencias no queridas de esta masiva intervención dineraria en términos de efectos deflacionarios o inflacionarios a escala mundial.

“Estados Unidos, Inglaterra y otros países desarrollados han inyectado masivas sumas de dinero público en el sistema para que los bancos puedan tomar préstamos baratos. Pero hay límites, sin embargo, sobre cuánto más de esto puede hacerse. En primer lugar, *la escala de las deudas en circulación es mucho más grande que el producto real de la economía mundial*. No hay garantías de que, aparte de una recuperación muy transitoria de las acciones, algo más puede ser logrado con esto. Es simplemente entregar plata libre al mercado bursátil, plata que nunca más volverá si la crisis continúa. Esto ocurrió cuando el gobierno norteamericano intentó hacer lo mismo en el *crash* de Wall Street en 1930: la recesión siguió creciendo (...). *No hay signos de que las instituciones financieras vayan a comenzar a prestar o invertir; sólo quieren tener caja*” (*Socialist Worker* 2120).

Además de los límites concretos, hay un problema de índole teórica: el famoso debate sobre la posibilidad de un “capitalismo organizado”, que jaló, por ejemplo, la intervención gubernamental de la socialdemocracia alemana en la república de Weimar en la Alemania de los años 20. Es decir, si la intervención estatal podía ser capaz de evitar el estallido de las contradicciones más íntimas del capitalismo. Al respecto, señalaba Lenin: “La afirmación de que los cárteles pueden eliminar las crisis es una fábula difundida por los economistas burgueses, que desean a toda costa embellecer el capitalismo. Por el contrario, el monopolio creado en ciertas ramas de la industria aumenta e intensifica la anarquía inherente a la producción capitalista en su conjunto” (*El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, p. 327).

Lo propio vale para el Estado: un factor “derivado” como el Estado (que, claro está, tiene capacidad de reacción sobre la base económica, pero dentro de ciertos límites) no puede, mediante su sola intervención, resolver las contradicciones que desgarran la estructura de las relaciones sociales de la producción capitalista. Este hecho general está presente también hoy bajo la forma de los estrictos límites que se evidencian a la hora de resolver las intervenciones estatales para rescatar a la economía mundial de su peor crisis en décadas.

MUNDIALIZACIÓN, MONEDA Y FRONTERAS NACIONALES

Como señala Henry Paulson, secretario del Tesoro de EEUU, a modo de justificación de la falta de coordinación económica internacional, “es ingenuo pensar que podríamos hacer otra cosa. Países diferentes, de diferentes tamaños, diferentes sistemas financieros y diferentes sistemas políticos, no pueden aplicar las mismas políticas”.

Para considerar los eventuales desarrollos de la actual crisis, cabe recordar que en la Gran Depresión de los años 30 operó no sólo la restricción crediticia sino un *retroceso en la tendencia secular a la internacionalización de las fuerzas productivas, propia del capitalismo*. La crisis desató “reflejos condicionados” en el sentido de un “sálvese quien pueda” que terminó haciendo retroceder el mercado mundial casi a la mitad de su dimensión. Según Ernest Mandel, la tasa de crecimiento anual acumulativo del comercio mundial entre 1914 y 1937 aumentó sólo un 0,4% anual, tasa que en el período inmediatamente anterior (1891-1913) había sido de un 3,7%, y en el inmediatamente posterior (1938-1967), un 4,8% (*Las ondas largas del desarrollo capitalista*, p. 3). Ésta fue la consecuencia de la suma de medidas proteccionistas y devaluaciones competitivas que apuntaban a que otros pagaran la cuenta de la crisis.

En la actualidad, la mundialización de las últimas décadas no pudo superar una *contradicción estructural* del capitalismo desde sus mismos inicios (más allá de supuestas “soluciones” parciales como la Unión Europea): la subsistencia de las fronteras y estados nacionales, así como de monedas nacionales, regionales y mundiales pero atadas a determinados estados o asociaciones regionales.

La crisis económica mundial expresa así un *resurgimiento de algunas de las contradicciones más clásicas, profundas e históricas del capitalismo mundial*. La mundialización del capital y la aparición de la actual crisis han hecho que estas contradicciones se manifiesten a escala global y más amplia aún, mostrando los límites históricos immanentes del sistema.

Con la mundialización capitalista desde los 80, aproximadamente, las tendencias históricas a la internacionalización de las fuerzas productivas, propias del capitalismo, alcanzaron un punto máximo comparadas con cualquier período anterior. El capitalismo nació construyendo un mercado mundial y una división internacional del trabajo, apropiándose de y subsumiendo bajo el imperio de la mercantilización y la ley del valor cada rincón del globo. Así, muchos autores señalaron que lo que en el *Manifiesto Comunista* era una anticipación genial es hoy en día una realidad palpable.

Pero esta tendencia secular nunca pudo sobreponerse a una serie de contradicciones que el capitalismo mundial arrastra desde sus inicios, y que tampoco la actual fase de globalización-mundialización del capital pudo suprimir, a pesar de los casos que parecían indicar lo contrario (la “colcha de retazos” que es la Unión Europea). En concreto, como señalamos, la *subsistencia de fronteras, estados y espacios nacionales de valorización del capital*. Éstos hacen a la matriz de origen del capitalismo, surgido a partir de la constitución de Estados y mercados nacionales en cuyo seno se abrieron paso, en formas históricamente determinadas, las relaciones de producción capitalistas.

La tradición marxista siempre tuvo presente que la tendencia del desarrollo de las fuerzas productivas era a superar los estados nacionales, lo que en el plano estrictamente económico sin duda ocurrió: “El desarrollo económico de la humanidad, que terminó con el particularismo medieval, no se detuvo en las fronteras nacionales. El crecimiento del intercambio mundial fue paralelo a la

formación de las economías nacionales. La tendencia de este desarrollo –por lo menos en los países avanzados– se expresó en el traslado del centro de gravedad del mercado interno al externo. El siglo XIX estuvo signado por la fusión del destino de la nación con el de su economía, pero la tendencia básica de nuestro siglo es la creciente *contradicción* entre la nación y la economía” (León Trotsky, “El nacionalismo y la economía”, noviembre de 1933).

Como señalara entre otros el propio Trotsky, a esta contradicción se suma que el “hecho estatal” no resultó diluido por completo: “Quienes consideran que la transnacionalización del capital ha dado lugar a un proceso equivalente en el terreno de las clases dominantes y los estados, señalan como evidencias de este cambio el avance de la inversión extranjera, la internacionalización del trabajo y la gravitación de los organismos mundiales (...). Pero el esquema es totalmente forzado, ya que *no existe ningún indicio de globalización plena de la clase dominante*. Cualesquiera sean sus divisiones internas, la burguesía norteamericana constituye un agrupamiento *claramente diferenciado* de su homólogo japonés o europeo” (Claudio Katz, “El imperialismo del siglo XXI”).

Trotsky, cuyos análisis siempre partían del mercado mundial, señalaba que si, en un sentido, la economía, la política y la lucha de clases son, por su *contenido*, internacionales (algo hoy más vigente que nunca), la política y la lucha de clases, por su *forma*, siguen siendo “nacionales”. En la economía el panorama es más contradictorio; aunque en muchos casos su organización es directamente mundial, no se debe perder de vista que las fronteras siguen delimitando ciertas reglas de juego de los espacios nacionales de valorización del capital.

Esto es válido aun en el estadio del imperialismo (cuya última forma ha correspondido a la actual etapa de mundialización-globalización neoliberal), en el que no es una *entidad “supranacional”* (o un imposible “superimperialismo”) la que domina al resto de los países a escala mundial, sino *el Estado capitalista más fuerte, transformado en imperialismo hegemónico* luego de luchas terribles, que en el siglo XX dieron lugar a dos guerras mundiales.

Ni siquiera la mundialización, entonces, ha podido superar la subsistencia de estados y fronteras nacionales. Y esta contradicción se revela hoy a escala dramática a la hora de las dificultades de los principales gobiernos imperialistas para llevar adelante una acción coordinada entre los estados nacionales.

Michel Husson se refiere así al tema: “No se puede hablar del ‘retorno del Estado’ porque el Estado siempre ha sido el garante en última instancia de los intereses de la burguesía. Las tesis sobre el ‘Imperio’ están mostrando nuevamente sus límites: la mundialización no ha suprimido la competencia entre capitales y las rivalidades interimperialistas, ni ha conducido a la formación de un gobierno capitalista mundial. En Europa, las dificultades de coordinación se explican por el grado desigual de exposición a los efectos de la crisis y manifiestan la inexistencia de un verdadero capital europeo” (“El capitalismo tóxico”).

Lo más probable es que la actual crisis acentúe estas tendencias. Esto es, frente a una crisis en el *punto máximo de internacionalización* alcanzado bajo el capitalismo (un capitalismo “puro”, como señala atinadamente Husson), los mecanismos defensivos que se ponen en marcha apuntan *en sentido contrario*. La disputa sobre quién pagará la cuenta del desastre agudizará de modo casi inevitable, y en un grado no visto en las últimas décadas, no sólo la competencia entre capitales y bandos capitalistas, sino entre los propios estados nacionales de Estados Unidos, la Unión Europea y Japón.

Según Husson, “a nivel internacional, la guerra comercial y económica entre grandes potencias va a alcanzar una amplitud nueva y engendrará una *tendencia al fraccionamiento de la economía mundial*, de manera aún mayor en la medida en que, como dijo el ministro alemán de Finanzas Peer Steinbrück, ‘Estados Unidos va a perder su status de superpotencia del sistema financiero mundial’” (ídem).

Los reclamos europeos de una “refundación del sistema financiero internacional” preanuncian un proceso plagado de contradicciones hasta que tal ocurra, si ocurre. EEUU no va a abandonar sin pelea su posición preponderante, que alcanzó no sólo en la posguerra sino en las últimas décadas, a partir de un orden neoliberal a su medida.

En ese sentido, cabe recordar que “hoy la economía mundial está mundializada como campo de valorización del capital y terreno de la competencia entre los trabajadores. Pero *todavía no lo está en un terreno crítico, el de la moneda, las políticas monetarias y las decisiones de los bancos centrales*; en esto sigue estando (...) marcada por las decisiones soberanas de los países más fuertes. En el terreno monetario, las relaciones actuales entre el dólar, el euro, la libra esterlina, el yen y ahora la moneda china, el yuan, son en gran medida *no cooperativas*, para utilizar una expresión de moda. Lo que es, potencialmente, un factor de aceleración de la crisis” (Chesnais, cit.).

LA ENCRUCIJADA DEL DÓLAR Y EL SISTEMA MONETARIO MUNDIAL²¹

En lo inmediato, la crisis ha producido un resultado *paradójico*. El dólar, la moneda que está en el centro del tsunami financiero, se ha *fortalecido* a pesar de ello, principalmente en relación con el euro y otras divisas. Sin embargo, conviene no exagerar los alcances y duración de esta paradoja. En primera instancia se debe, entre otros motivos, a que las estimaciones del impacto de la crisis económica en la Unión Europea son aún más pesimistas que en relación a EEUU. Asimismo, esto refleja un mecanismo clásico de estas crisis: todo el mundo se deshace de sus valores para estar líquido.

Estructuralmente, esto no minimiza en nada una de las cuestiones centrales planteadas desde antes del estallido: el *questionamiento del papel del dólar y, más en general, de EEUU como centro de las finanzas mundiales*. O dicho, de otro modo, la organización de la economía mundial bajo el rol hegemónico de

²¹ Sección aportada por Roberto Ramírez.

EEUU. Los destinos finales del dólar han estado y estarán relacionados con esta cuestión.

El problema de la moneda tiene su entidad propia. El carácter de EEUU de *emisor* de la moneda de comercio y reserva mundial está estrechamente relacionado con su aptitud para sostener durante tanto tiempo tamaños desequilibrios exteriores como los déficits comercial y de pagos, que le permitieron actuar globalmente como comprador de última instancia (y sostener un sobreconsumo colosal, gracias a un correspondiente endeudamiento, ya insostenible, de los hogares).

La profundidad de la recesión (y quizá de la depresión) va a estar influida por las moras tanto de las empresas como de los hogares. ¿Quién puede gastar hoy a gran escala, para compensar esto? Sólo el Estado, pero éste ya venía con un déficit notable del 3% del PBI. Con las sucesivas medidas de “rescate”, puede irse a un 8% o más. Sólo hay tres maneras de tapar este agujero: emitir más dólares, emitir más deuda o aumentar los impuestos (o las tres cosas).

Sea como fuere, la situación no favorece la continuidad de EEUU como emisor, sin control internacional alguno, de la moneda mundial de reserva y comercio. Emisión que además se ha transformado en un misterio insondable desde que la Reserva Federal decidió unilateralmente no informar el M3 (designación del circulante total, incluyendo efectivo, depósitos a la vista, cuentas corrientes, depósitos a plazos y *cédulas emitidas por la autoridad monetaria*).

Los cambios económicos y geopolíticos mundiales también acarrearán, aunque no mecánicamente, cambios en los sistemas monetarios mundiales. Hasta 1914 se impuso el “patrón oro” de las monedas de las grandes potencias capitalistas, al mismo tiempo que la principal de ellas –la libra esterlina– servía sólo de “unidad de cuenta” del mercado mundial (Suzanne De Brunhoff, “L’instabilité monétaire internationale”, en *La mondialisation financière*, París, Syros, 1996, p. 45). El régimen de cambios fijos con patrón oro no pudo lógicamente mantenerse durante la Primera Guerra Mundial, ni tampoco pudo ser restaurado luego en el período de entreguerras. Así, desapareció definitivamente un patrón “supranacional” de las grandes monedas capitalistas (cit., p. 47).

En 1944, poco antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial, la abrumadora hegemonía económica, financiera, geopolítica, militar y tecnológica lograda por EEUU impone el régimen de Bretton Woods. Se desestima la propuesta de Keynes de una moneda “supranacional” y se impone la realidad de la hegemonía estadounidense. Se dispone, entonces, un régimen de cambios relativamente fijos, pero con una moneda *nacional* –el dólar– que actúa simultáneamente como *patrón monetario* y *unidad de cuenta*, con paridad fija de 35 dólares la onza de oro. Pero este sistema estaba cargado de contradicciones que irían estallando al compás de los cambios económicos y geopolíticos, en primer lugar el resurgimiento económico de Europa y Japón, socios-rivales de EEUU, luego la crisis de los 70, la contrarreforma neoliberal de los 80, etc. En ese camino, el dólar pierde el respaldo oro por decisión unilateral de EEUU en 1971. Desde entonces, el curso del dólar ha seguido complicados altibajos.

El abandono global del patrón oro, generalizado desde hace mucho para todas las monedas, incluyendo el dólar, ha significado el *pasaje de la moneda-mercancía a lo que se llama "moneda de crédito"* (Robert Gutmann, "Les mutations du capital financier", en *La mondialisation financière*, cit., p. 62).

Pero el patrón oro imponía una *disciplina monetaria automática*. En cambio, con la "moneda de crédito", sea que emane del Estado bajo la forma de billetes o bien de los bancos privados por la extensión del crédito, no sucede lo mismo. "Esta transformación de la moneda de una *mercancía* (el oro) a una *relación de crédito* garantiza una oferta monetaria elástica, capaz de responder... a las necesidades de liquidez y fondos de los actores económicos... [Pero] la regulación endógena de la moneda por medio de una mercancía determinada [oro] deja su lugar a una regulación determinada por el Estado de *manera discrecional*" (cit., p. 63).

Esta "discrecionalidad" de los estados ha dado lugar a numerosas crisis cambiarias. En el caso de EEUU, las consecuencias potenciales son *cualitativamente más graves*, porque el dólar, una moneda nacional, actúa como moneda mundial. Y el Estado que la emite hoy afronta desequilibrios escandalosos en su cuenta corriente, además de un salto en el déficit del Estado. EEUU no sólo es el mayor deudor del planeta, sino que al día de hoy es un deudor *insolvente*. Que, al mismo tiempo, sea el emisor de la moneda mundial, es una grave contradicción.

Según un análisis reciente: "El desenlace final no puede evitarse: Estados Unidos *perderá* la capacidad de financiar su déficit externo con un dólar considerado medio de pago y de reserva mundial. Eso quiere decir que Estados Unidos ya no podrá emparcarse de deuda como hizo en el pasado, por una simple y sencilla razón: la *credibilidad* del resto del mundo en su moneda no será la misma. Si quiere seguir siendo un buen sujeto de crédito para el resto del mundo, tendrá que *poner su casa en orden*. Entre otras cosas, deberá *corregir sus déficits gemelos* y reformar el marco regulatorio del sector financiero" ("El súper rescate en Wall Street ¿funcionará?", *La Jornada*, México, 24-9-08).

En definitiva: las fronteras, los estados y las monedas nacionales son otras tantas contradicciones y *disfunciones* del sistema capitalista mundial que, junto con la *inexistencia de una planificación económica mundial y una división del trabajo realmente internacional*, hacen parte de las *contradicciones irresueltas* del capitalismo, que en esta aguda crisis nuevamente se toman revancha de los límites intrínsecos de este sistema de explotación y opresión.

La mirada de F. Chesnais sobre el problema es que "*lejos de sentar las bases de una cooperación* sobre tasas de cambio y regulación de la liquidez global en función de las necesidades de pagos internacionales, las autoridades políticas y monetarias de los países o de las uniones económicas con monedas importantes *se encierran en atender cada uno sus intereses* o en políticas que traducen *impasses institucionales profundos* (...). El principal escenario de riesgo sistémico monetario y financiero es el que podría nacer de la baja del dólar más allá de cierto umbral (que nadie puede adivinar). La pérdida de confianza en el dólar en los mercados financieros internacionales obligaría a los bancos

centrales de Asia a dejar de sostener la moneda norteamericana. Se desencadenaría la *especulación contra el dólar*. Las interdependencias de mercado harían entonces su trabajo: alza de las tasas de interés norteamericanas, caída de los precios de los activos en el mundo, revelación de los sobreendeudamientos de numerosos agentes económicos en muchos países y, por lo tanto, recesión mundial por deflación de balances” (“Alcance y rumbo de la crisis financiera”).

En definitiva, si se produjese la eventual “caída” del dólar como moneda mundial, la crisis se multiplicaría exponencialmente en la medida en que, aunque este hecho es a la vez consecuencia de desarrollos reales previos, se daría un eventual surgimiento de monedas nacionales o regionales y la inevitable fragmentación del mercado mundial.

V. Hacia mayores tensiones y choques entre estados... y entre clases

CATASTROFISMO Y LUCHA DE CLASES

Trotsky, partiendo de los esquemas de reproducción de Marx del tomo II de *El capital*, recordaba que el ciclo normal del capital industrial abarcaba entre 8 y 10 años, basado en el recambio de fuerzas productivas, es decir, el ciclo del revolucionamiento de la base tecnológica de la producción. Las crisis periódicas decenales se sucedían a partir de la desvalorización por obsolescencia de un capital fijo invertido superado por nuevos desarrollos, que hacían que el soporte técnico anterior perdiera aceleradamente valor. Para Trotsky, este ciclo era en cierto modo “inmanente” a la esfera de la economía e “independiente” de la lucha de clases directa.

La cuestión reapareció en un debate clásico a comienzos de los años 20 respecto de la perspectiva histórica de evolución del capitalismo. El economista ruso Kondratief adelantó su célebre teoría de los ciclos largos del capitalismo, con fases de 25 años de ascenso de la curva de desarrollo y 25 de decadencia. En este análisis, Kondratief establecía de manera mecánica una analogía con el ciclo del capital industrial, excluyendo la lucha de clases y la intervención de los estados en la economía.

Trotsky criticó este esquema y sus postulados. Para el revolucionario ruso, la lucha de clases no era un factor “exógeno”: la curva de desarrollo capitalista sólo podía trazarse *a posteriori*, no *a priori*, y dependía del curso de la lucha. Así, plantea que “por lo que se refiere a las fases largas (de cincuenta años) de la tendencia de la evolución capitalista, para las cuales el profesor Kondratief sugiere, infundadamente, el uso del término ‘ciclos’, debemos destacar que el carácter y duración están determinados no por la *dinámica interna de la economía capitalista*, sino por las *condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista*. La adquisición para el capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, en el despertar de éstos, *hechos mayores de orden ‘superestructural’, tales como las guerras y las revoluciones, determinan el*

carácter y el reemplazo de las épocas ascendentes, estancadas o declinantes del desarrollo capitalista".²²

El capitalismo ha vivido siempre ciclos de boom y ciclos de depresión. Trotsky observaba que la "edad" del capitalismo podía medirse, no mecánicamente, por la duración y profundidad de esos ciclos, y que lo que diferenciaba una época del capitalismo de otra era ese peso relativo de los booms y las depresiones. En el capitalismo joven, las depresiones eran más pasajeras y los booms siempre relanzaban la acumulación hacia delante. Por el contrario, a medida que el sistema se ponía más "senil" ocurría el fenómeno inverso: las caídas tendían a hacerse más profundas y dramáticas, mientras que los booms o recuperaciones no alcanzaban la vitalidad de épocas anteriores. Sin duda, el análisis de Trotsky debía y debe ser tomado sin esquematismos, porque tras la crisis de los años 30 la recuperación económica de la posguerra pareció desmentir la "senilidad" del capitalismo e infundirle nuevas dosis de "lozanía".

Estos mismos criterios son decisivos para evitar el estéril debate acerca del "derrumbe" capitalista.²³ En realidad, la tradición del socialismo revolucionario nunca suscribió esta *teorización objetivista y mecánica que dejaba afuera a la lucha de clases*. El concepto estuvo presente en la II Internacional y, sobre todo, luego de la gran depresión de los 30. A ella adscribieron, básicamente, intelectuales y corrientes consejistas, que excluían de su análisis los factores de la subjetividad de la clase trabajadora: conciencia, organismos y, sobre todo, partidos revolucionarios.

Pero para la tradición de Trotsky y Lenin (y de la propia Rosa Luxemburgo²⁴, a su manera), para terminar con el capitalismo no alcanzaba con sus crisis periódicas: por profundas que fueran, el sistema nunca se "derrumbaría" *por sí solo*. Ya en el propio *Manifiesto Comunista* se aclaraba que si las clases antagónicas en su lucha no pueden dar una salida progresiva a la crisis del sistema, éste se "derrumbaría" *junto con ellas*, llevando las fuerzas productivas a una *regresión histórica*.²⁵ De ahí que Rosa Luxemburgo retomara esta idea al resumir la perspectiva histórica de la época en el pronóstico, no sólo actual sino históricamente más vigente que nunca, de "socialismo o barbarie".

Para lograr una salida progresiva a la decadencia y barbarie creciente del capitalismo es absolutamente imprescindible la acción revolucionaria de las masas obreras y populares: sin ella, no hay crisis "definitiva" ni "sin salida" del

²² León Trotsky, "La curva de desarrollo capitalista", 21 de junio de 1923. Respecto de esta discusión, el ensayo de Ernest Mandel "Las ondas largas del desarrollo capitalista" es una aportación que permite pensar, más allá de que el concepto de "ondas largas" es controversial y nos parece más atinado y dialéctico el de "curva de desarrollo capitalista" de Trotsky. En ese sentido, la insistencia de Mandel –siguiendo a Trotsky– en el factor "exógeno" *lucha de clases* en la salida de una depresión (combinación de factores objetivos y subjetivos) nos parece valorable.

²³ A esta teoría adscribe el PO argentino.

²⁴ Rosa de ninguna manera excluía los factores subjetivos del análisis, aunque su crítica a los esquemas de reproducción de Marx era equivocada.

²⁵ Ver el caso del desplome del esclavista imperio romano y el contradictoria surgimiento del "colonato" prefeudal en Europa. Por todo un período, la caída del Imperio representó, claramente, un retroceso de las fuerzas productivas.

sistema. El capitalismo mundial, de una u otra forma, siempre se terminará recuperando:

“La mecánica interna del desarrollo capitalista, a través de la incesante alternancia de crisis y boom, es suficiente para demostrar cuán incorrecta, unilateral y anticientífica es la idea de que la actual crisis, a la vez que se agrava, deba prolongarse hasta que se instaure la dictadura del proletariado (...) Las oscilaciones cíclicas acompañan a la sociedad capitalista en su juventud, en su madurez y en su decadencia, exactamente como los latidos de su corazón acompañan a un ser humano incluso hasta en su lecho de muerte. No importa cuáles puedan ser las condiciones generales; por más profunda que pueda ser la decadencia económica, la crisis económica industrial interviene barriendo las mercancías y las fuerzas productivas excedentes y estableciendo una correspondencia más estrecha entre la producción y el mercado, y por estas mismas razones abriendo la posibilidad del reanimamiento industrial” (León Trotsky, “Flujos y reflujos. La coyuntura económica y el movimiento obrero industrial”).

Naturalmente, nada de esto menoscaba el vuelco dramático de estos últimos meses: una crisis en la configuración de la economía mundial, transmitida desde su centro mismo y que ya está tiñendo decisivamente toda la situación económica y política mundial.

Como agudamente señalaba Wallerstein años atrás: “Hoy estamos asustados, vagamente indignados, inseguros de nuestras verdades y en desorden. Esto es simplemente el reflejo en la conciencia colectiva de una profunda crisis en el sistema mundial existente, en que los mecanismos tradicionales de resoluciones de los normales y cíclicos virajes hacia abajo ya no funcionan tan bien, en que las tendencias seculares del sistema mundial han llevado a éste ‘muy lejos del equilibrio’. Por lo tanto, *nos acercamos a una ‘bifurcación’ cuyo resultado es intrínsecamente indeterminado, y que es capaz de empujarnos en posibles direcciones alternativas muy diferentes entre sí*” (I. Wallerstein, cit., pp. 66-67).

La relevancia de este enfoque a la hora de comprender la crisis actual es inmensa, porque la ruptura de las bases de la estabilización del capitalismo neoliberal no sólo pone en juego dramáticas contradicciones en la esfera de la economía, sino que la evolución de la situación en su conjunto *dependerá también, y en gran medida, de las acciones y contradicciones entre estados y sobre todo, de la lucha de clases mundial.*

Como resume Mandel, “la aparición de una nueva onda larga expansiva no puede considerarse como un resultado *endógeno* (más o menos espontáneo, mecánico, autónomo) de la precedente onda larga depresiva, cualquiera sea la duración y gravedad de ésta. *Lo que determina este punto de inflexión no son las leyes de movimiento del capitalismo, sino los resultados de la lucha de clases de todo un período histórico.* Por tanto, lo que estamos planteando aquí es una *dialéctica de los factores objetivos y subjetivos del desarrollo histórico, en el cual los factores subjetivos se caracterizan por su relativa autonomía*” (E. Mandel, cit., p. 43).

En síntesis: el capitalismo no se derrumbará solo, ni aun en virtud de la actual crisis. Pero ésta puede sentar, eventualmente, *condiciones objetivas* para que la lucha de clases a mundial dé un salto histórico en la perspectiva de acabar con él.

ESTADOS UNIDOS, EUROPA, CHINA Y LATINOAMÉRICA

La ruptura del equilibrio que supone el estallido de la crisis puede provocar profundas modificaciones en la lucha entre las clases respecto de la situación imperante en las últimas décadas. La “guerra de todos contra todos” que necesariamente engendrará la crisis presentará, mundialmente, y más allá de inevitables desarrollos desiguales y combinados, una *agudización de las tensiones y contradicciones* y, por lo tanto, también, de la lucha entre las clases.

Mundialmente, el último gran ascenso ocurrió a fines de la década del 60 y principios de los 70. Es sabido que ese ascenso se cerró en determinadas regiones mediante reabsorciones de la lucha más o menos “pacíficas” (Europa occidental), mientras que en otras esto ocurrió de manera sangrienta (Latinoamérica) vía muy duras dictaduras militares.

Luego se vivieron tres décadas de relativa estabilización. Inclusive, en oportunidad de la caída del Muro de Berlín los desarrollos antiburocráticos que comenzaron a instancias de una lucha desde abajo fueron a la postre revertidos en derrota, con la restauración del capitalismo en todos los países “socialistas” (salvo, todavía, el caso de Cuba).

En ese marco, y teniendo en cuenta las enormes desigualdades, el comienzo del siglo XXI arrancó con novedades: el surgimiento del movimiento anticapitalista en Europa occidental y el ciclo de rebeliones populares latinoamericano. Si el movimiento anticapitalista europeo parece, en los últimos años, en gran medida reabsorbido, en el caso latinoamericano, el giro a la derecha en las situaciones políticas que se esbozó en el último período no había terminado de cerrar ese nuevo ciclo.

Ahora, *todo debe ser reconsiderado*: se ha producido un vuelco tal en la situación internacional que la crisis, inevitablemente, por una u otra vía, va a abrirse paso al terreno de la lucha de clases.

Desde ya cabe dejar sentado un alerta metodológico respecto de la forma en que se puede procesar la crisis en el terreno de la lucha. Como dice Trotsky, “los efectos de una crisis sobre el curso del movimiento obrero no son todo lo unilaterales que ciertos simplistas imaginan. Los efectos políticos de una crisis (no sólo la extensión de su influencia sino también su dirección) están determinados por el conjunto de la situación política existente y por aquellos acontecimientos que *preceden y acompañan* la crisis, especialmente las batallas, los éxitos o fracasos de la propia clase trabajadora anteriores a la crisis. Bajo un conjunto de condiciones, la crisis puede dar un poderoso impulso a la actividad revolucionaria de las masas trabajadoras; bajo un conjunto distinto de circunstancias, puede paralizar completamente la ofensiva del proletariado, y en caso de que la crisis dure demasiado y los trabajadores sufran demasiadas

pérdidas, podría debilitar extremadamente no sólo el potencial ofensivo sino también defensivo de la clase” (“Flujos y reflujos”).

Es decir, no se puede ni debe hacer abstracción del contexto político en el cual la crisis va a hacer su impacto a la hora de determinar la eventual resultante en el terreno de la lucha. Aquí caben, entonces, algunas consideraciones respecto del momento político actual, tanto generales como particulares.

En primer lugar, saltan las comparaciones con el impacto de la Gran Depresión de los años 30, que planteó de manera inmediata una dramática contradicción. Se venía bajo el impacto de la ruptura anticapitalista de la Revolución Rusa, al tiempo que seguía abierta la disputa hegemónica que dio lugar a un segundo capítulo de guerra interimperialista mundial. Pero junto con el desarrollo mismo de la crisis, se fue dando una suma de derrotas históricas de la clase obrera mundial: el fin de la revolución alemana y el ascenso de Hitler; la burocratización de la ex URSS; el retroceso de la revolución china; el triunfo fascista en la guerra civil española... En síntesis, la década del 30 fue la noche negra del siglo XX.

Hoy la situación de la lucha de clases no es, ni por asomo, tan aguda. Pero *tampoco se viene de derrotas de similar magnitud*. Si los factores “subjetivos” eran muchísimo más avanzados que los de hoy –sobre todo a nivel europeo, pero también en el mundo asiático (China)– la derrota que supuso el neoliberalismo capitalista para las masas trabajadoras del mundo, sin dejar de ser muy gravosa, no dio lugar a un retroceso histórico de la magnitud del de los años 30. Además, el momento culminante de las derrotas bajo el neoliberalismo está relativamente lejos en el tiempo.

A esto se suma un segundo factor de importancia. La década del 90 estuvo marcada por las restauraciones capitalistas y la “muerte del socialismo”. A partir de la derrota del ascenso de los 70, los desarrollos fueron *de izquierda a derecha*, con su apogeo, precisamente, en esas restauraciones.

Pero en estos momentos ocurre un acontecimiento mundial *de signo contrario*: sin tratarse de un evento en el terreno de la lucha de clases directa, sino de un fenómeno en las entrañas de la economía, la caída de Wall Street, ícono sin igual del capitalismo globalizado, tiende a *abrir un curso de desarrollos de derecha a izquierda, aunque seguramente marcado por todo tipo de mediaciones y polarizaciones* hacia ambos extremos.

Naturalmente, en ningún caso cabe una aplicación mecánica de esta tendencia: dependerá de un conjunto de factores la recepción concreta de esta crisis, según la situación política e ideológica de cada región o país. En este marco metodológico, cabe una serie de consideraciones.

Por un lado, está el problema crucial de la dinámica en Estados Unidos; su último ascenso fue a finales de la década del 60, y en la clase obrera como tal, el único verdadero ascenso tuvo lugar precisamente en oportunidad de la Gran Depresión. ¿Cómo se va a dar el proceso ahora? Algo está claro: la crisis en curso es de tal magnitud que *pondrá a prueba la estabilidad de EEUU. Y de ninguna manera se puede descartar que se abra paso un gigantesco ascenso de la*

lucha de clases en el país del norte, tan gigantesco como la importancia de Estados Unidos para el capitalismo mundial.

Por otro lado, los años 30 enseñaron que la dinámica de la crisis no responde a la de un mero acontecimiento: fue un verdadero *proceso que se extendió 12 años*. Y la resistencia y el ascenso de las luchas obreras en EEUU *recién comenzaron a partir de 1933-1934*. Esto fue así por varias razones: nunca a la clase obrera le es fácil enfrentar situaciones de desempleo masivo, cuesta metabolizar una crisis donde parece caerse el piso bajo los pies de los trabajadores y el rol de las mediaciones burguesas. Que incluyen las telarañas ideológicas, las mediaciones políticas (Roosevelt, hace 70 años, y Obama hoy), la burocracia sindical y demás instituciones de la “democracia” y el Estado.

Nada de esto implica menoscabar un fenómeno que se observó en todo EEUU en oportunidad de la votación del salvataje en el Congreso: la ola de repudio nacional a que se salve a los millonarios mientras que para la población de a pie no haya nada. Si esta justa indignación abre paso a algún tipo de radicalización ideológica o en acciones es algo a lo que habrá que prestar particular atención.

Lo propio cabe decir de la dinámica de Europa occidental, en países con enorme tradición de lucha social y obrera como Francia, Italia (donde parece haberse desatado un ascenso estudiantil contra Berlusconi), Inglaterra (donde todavía perduran los efectos de las derrotas bajo la Thatcher), Alemania o España (donde el desempleo de masas ya ha pegado un salto, sobre todo entre los inmigrantes). Para no hablar de la situación económica extremadamente comprometida que parece observarse en los países del Este europeo, que podría dar lugar a luchas sociales de magnitud, ahora contra el capitalismo, o de la Rusia de Putin.

En tercer lugar, hay un inmenso interrogante, que sólo dejaremos señalado ya que requiere un seguimiento específico: ¿qué puede pasar con el inmenso, atrasado y superexplotado proletariado chino en particular y del sudeste asiático en general? La pregunta misma, aun sin respuesta posible hoy, da cuenta de la magnitud de los acontecimientos en curso a partir de una ruptura de la estabilidad capitalista internacional que puede llevar a un salto cualitativo en la lucha de clases mundial, incluyendo el ingreso a escena de los principales batallones de la clase obrera mundial en las principales áreas de acumulación capitalista.

En último lugar, no podemos desarrollar aquí el *posible impacto de la crisis sobre el ciclo de rebeliones populares latinoamericano*, que atravesaba una coyuntura regional de *creciente polarización entre los gobiernos “progresistas” y las emergentes oposiciones burguesas de derecha*. ¿Qué panorama se abre de aquí en más? No es posible todavía dar una respuesta categórica. Si por un lado esas fuerzas de oposición neoliberal aparecen ahora *deslegitimadas*, no por ello cabe esperar un *traslado mecánico e inmediato a la lucha de clases*, torciendo la coyuntura en favor de la clase trabajadora. Esto no está claro, y la perspectiva más inmediata parece ser más bien *brutales ataques de los capitalistas buscando descargar la crisis sobre los trabajadores*.

Sin embargo, desde el punto de vista de las determinaciones más “objetivas”, la crisis acumula elementos que podrían perturbar la marcha de los dos más grandes países latinoamericanos: Brasil y México. Si el segundo ya venía con síntomas de “inestabilidad”, ahora, con una economía tan atada a la yanqui, estas presiones inevitablemente serán mayores: “La frontera entre EEUU y México podría registrar en los próximos días un flujo de trabajadores en dirección contraria a la habitual. La crisis financiera en el vecino del norte provocará el *regreso a México de unos 350.000 emigrantes* (...). [Esto] implicará una *reducción en las remesas* que recibe México. Este rubro es uno de los motores de la economía del país. (...) Según una encuesta del diario *Milenio*, el 28% de las familias mexicanas tienen algún desempleado en la casa (...). Las previsiones gubernamentales tampoco son alentadoras. El crecimiento del PBI podría ser revisado a la baja desde el 2,4% para este 2008” (*La Nación*, 28-10-08). Cómo se trasladará esto a la lucha de clases, es algo que habrá que esperar y ver.

El caso de Brasil adquiere relevancia particular porque, en el contexto sudamericano, venía siendo el puntal de la estabilidad regional, con Lula apostando al papel de potencia regional en los mayores foros internacionales. ¿Qué pasará ahora con su economía? ¿Podrá mantener Brasil su estabilidad? De estos desarrollos depende un eventual salto en calidad en la evolución del ciclo regional, en el marco de la nueva situación mundial. El resto de los países con procesos políticos más avanzados en la región (Bolivia, Venezuela, Ecuador, Argentina o Paraguay) requieren un análisis específico que excede este texto, y que seguramente exigirá de la misma aplicación no mecánica de la combinación de tendencias mundiales y regionales.

En suma, *una de las grandes apuestas para el próximo período es la entrada en escena de la clase obrera de los países centrales o de China, lo que significaría un vuelco espectacular en la situación política mundial*. Que esto no se haya registrado a lo largo de las últimas décadas da una idea de la importancia de seguir al milímetro la posibilidad del ascenso de alguna de las clases obreras más fuertes del mundo, lo que teñiría la lucha entre las clases en todo el orbe.

EL DEBATE LENIN-KAUTSKY Y LA REAPERTURA DE LA ÉPOCA DE CRISIS, GUERRAS Y REVOLUCIONES

Sobre la contradicción economía mundial-estados nacionales ya señalada, dice István Meszáros: “Hemos alcanzado un nuevo estadio histórico en el desarrollo transnacional del capital, en el que ya no es posible postergar el afrontar una contradicción y limitación estructural fundamental del sistema. Esta limitación es el *grave fracaso en constituir un Estado del sistema capitalista como tal, como complementario a sus aspiraciones transnacionales*, para sobreponerse a los antagonismos explosivos entre estados nacionales que han caracterizado el sistema en una manera cada vez más agravada en los últimos dos siglos” (en *Socialismo o barbarie*).

La crisis mundial supone un *salto en la crisis hegemónica, económica y política, del imperialismo norteamericano*. Si es un hecho que el peor presidente yanqui desde Nixon embarcó a EEUU en un imposible proyecto “superimperialista” (“The New American Century”), hundido en los desiertos de Medio Oriente, no es menos cierto que la caída de Wall Street agrega un elemento decisivo a la percepción generalizada del debilitamiento norteamericano. En puridad, este debilitamiento había comenzado con el fin de los “Treinta Gloriosos” y el ascenso competitivo de Japón y Alemania, a lo que se sumó la derrota militar en Vietnam. Pero en los años 80, con las contrarreformas neoliberales, estas tendencias parecieron quedar mediatizadas. No casualmente Estados Unidos fue el país más beneficiado por y el mayor defensor de ellas. Ahora, crisis mediante, el retroceso hegemónico se ha puesto nuevamente a la orden del día.

Sin embargo, subsiste el grave problema de que *no emerge una potencia que se proyecte como recambio*. Ni la Unión Europea, ni Japón, ni China están hoy en condiciones de asumir el rol de imperialismo hegemónico, por distintas razones. Y en esa circunstancia, “cuando falta esa concentración del poder, cuando se dan las condiciones clásicas de ‘equilibrio inestable’ entre dos, tres, cuatro o incluso más bloques de poder capitalista, entonces *no se puede imponer ninguna clase de decisiones y se produce una crisis general en la dirección del capitalismo internacional*, lo que ciertamente no ayuda al sistema a superar sus profundas depresiones con mayor rapidez” (E. Mandel, cit., p. 27).

Por otra parte, históricamente, *nunca problemas de tal magnitud se resolvieron de manera “coordinada” y pacífica*. No hace falta preanunciar una tercera guerra mundial para saber que *el capitalismo es un sistema competitivo que pone en pugna no sólo clases sociales antagónicas, sino también grupos económicos y estados entre sí*.

Tomando esto en consideración, y pensando en las perspectivas de la situación internacional, sería ingenuo suponer que Estados Unidos dejará sin resistencia su ubicación privilegiada en el sistema de Estados y la economía mundial en las últimas décadas. En ese sentido, un pronóstico de Lenin que se vio confirmado en la primera mitad del siglo XX, no así en la segunda posguerra, y que en la última década del siglo a muchos pareció que se desvanecía definitivamente, parece recobrar plena actualidad. Se trata de la *perspectiva de crisis, guerras y revoluciones engendradas por las contradicciones irresolubles que el capitalismo ha traído históricamente consigo*.

Veamos primero, sucintamente, los efectos del período abierto a nivel de las posibles tendencias de la lucha de clases, y luego en lo que hace a las relaciones entre estados.

Un reflejo político de la estabilización de las últimas décadas ha sido la *extensión casi universal de la democracia burguesa como forma de dominación capitalista normal*. Siempre ha habido excepciones, pero muchas regiones del mundo no desarrollado vienen de décadas de régimen democrático burgués, evitando las tendencias a la polarización a izquierda y derecha, así como luchas revolucionarias.

La novedad es que *esto podría comenzar a cambiar*. En Latinoamérica, ni siquiera el ciclo de rebeliones populares (justamente, no revoluciones) llegó a cuestionar globalmente a la “democracia” burguesa, que resistió tanto en Venezuela como en Bolivia, Ecuador y la Argentina. Sin duda, la combinación de componentes entre los mecanismos “democráticos” y los represivos o bonapartistas varía de país a país. Pero, en general, *el funcionamiento de la democracia capitalista impidió una radicalización de la vanguardia e incluso de franjas de masas que pusiera en cuestión el sistema*, algo que sí había ocurrido en oportunidad del ascenso de los años 70. La “base material” de este proceso fue la relativa recuperación y estabilización económica de las últimas décadas.

Son precisamente estas variables las que a partir de ahora ya no están garantizadas y podrían sufrir cambios dramáticos. En efecto, uno de los desarrollos posibles de la actual crisis, de seguir profundizándose, es el *adelgazamiento de las mediaciones*, es decir, *enfrentamientos sociales y políticos más polarizados y enconados a medida que la estabilidad económica desaparece*. Cuando se desate la pelea de “todos contra todos” por quién paga la cuenta de la crisis, se pone a la orden del día la *exasperación de las contradicciones entre las clases, en el seno mismo de la clase dominante y entre los estados*. Es inevitable entonces que la lucha de clases tienda a polarizarse, con una *reducción del centro político y situaciones de radicalidad a ambos extremos del espectro*, a izquierda y derecha.

En cuanto a las relaciones entre estados, cabe recordar las posiciones clásicas del marxismo al respecto para luego actualizar esa conceptualización. La discusión teórica se puede rastrear en el texto de Lenin *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. La cuestión en debate era la caracterización de la fase imperialista no sólo desde el punto de vista económico, sino de sus tendencias más de conjunto.

Karl Kautsky, el más conocido y prestigioso dirigente de la II Internacional, consideraba que el imperialismo era un fenómeno puramente “político”, que no hundía sus raíces en la configuración material del capitalismo de la época. Es decir, establecía una *disociación entre economía y política*, y negaba que en sus contradicciones más profundas estuvieran inscritas las tendencias a las crisis y las guerras. La respuesta de Lenin fue que “Kautsky separa el aspecto político del imperialismo de su aspecto económico; habla de las anexiones como si fuera la política ‘preferida’ del capital financiero, y le opone *otra política burguesa*, posible, según él, *sobre esta misma base* del capital financiero. Resulta entonces que los monopolios en la economía son compatibles con un proceder no monopolista, no violento, no anexionista en política” (op. cit., p. 391).

De la visión kautskiana se desprendía, además, la perspectiva de un eventual “superimperialismo”: un único imperialismo mundial que *suprimiera las tendencias a las guerras y liquidara las contradicciones interimperialistas*. Contemporáneamente, la realidad le dio un tremendo mentís a Kautsky con la I Guerra Mundial y luego con el período de entreguerras, en el que precisamente la continuidad del problema hegemónico no resuelto dio lugar a una nueva conflagración aún más sangrienta.

Sin embargo, desde la posguerra, con la hegemonía definida en manos de Estados Unidos, el crecimiento de los “Treinta Gloriosos” y la caída de la ex URSS, el horizonte parecía despejarse: a muchos les pareció una suerte de confirmación diferida de la perspectiva kautskiana reformista y pacifista.

Lenin, por su parte, afirmaba que el imperialismo era un fenómeno no puramente “político” sino una “superestructura” que hundía sus raíces en la economía: *el imperialismo surge como el desarrollo y la continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general*. Esto es, una particular configuración y entrelazamiento económico-político en el que los estados imperialistas tendían a la colonización del mundo al servicio de sus burguesías. Por lo que, llegado el caso, y finalizado el reparto de territorios a comienzos del siglo XX, pelearían incluso militarmente por un nuevo reparto: “Vemos cómo, en la época del capital financiero, se entrelazan los monopolios privados y del Estado; cómo los unos y los otros no son en realidad más que distintos eslabones de la lucha imperialista entre los grandes monopolistas por el reparto del mundo” (cit., p. 371).

En esta visión, no había perspectiva posible de un capitalismo que, pese a ser imperialista y monopolista, superara un rasgo íntimo del capitalismo desde su nacimiento: su carácter competitivo. Como señalaba Marx, en la realidad no existe capital “en general”: lo que hay son *muchos capitales en competencia y, por tanto, muchos estados capitalistas en competencia*. Inevitablemente, las tendencias a la concentración y centralización de capitales, las tendencias al oligopolio y el monopolio, las tendencias a la dominación de todas las áreas del mundo, llevarían inevitablemente al desencadenamiento de crisis, guerras y, en el terreno de la lucha entre las clases, revoluciones.

En síntesis: el concepto de imperialismo no es puramente político sino que remite a un *sistema concreto económico-político de relaciones de explotación, expropiación y dominación*, en el que, por razones estructurales, no hay ni puede haber *un imperialismo sino sólo imperialismos*, en competencia eventualmente sangrienta por la hegemonía.

Como observa Meszáros, “ha habido muchos intentos de abordar el problema de una potencial conflagración y la manera de remediarla: desde el sueño de Kant de la ‘paz perpetua’ entrevista por una fugaz Liga de las Naciones hasta el establecimiento de esa Liga después de la I Guerra Mundial; también la solemne declaración de principios de la ONU. Todas ellas han probado ser totalmente inadecuadas para lograr la tarea. Y no es de extrañar, porque está condenada al fracaso la tarea de establecer un ‘gobierno mundial’ sobre las bases del existente modo metabólico de reproducción social que emerge de uno de los insuperables límites del capitalismo como tal” (op. cit.).

Por lo tanto, aquella caracterización de Lenin de la época histórica del imperialismo pareció ser negada por el relativo “pacifismo” de los desarrollos desde la posguerra y la realidad de que las principales potencias imperialistas se comportaron en ese período como “socias-rivales” de la incuestionada hegemonía yanqui. Sin embargo, no hubo, y sin duda no habrá, superimperialismo; la supremacía norteamericana no condujo al sometimiento de Europa o

Japón, y los conflictos que se vienen opondrán a las grandes potencias con la envergadura de conflictos interimperialistas.

Nada de esto significa profetizar guerras mundiales; estamos hablando de tendencias *históricas* y no de hechos consumados mecánicamente. Pero sí cabe señalar que estas tendencias íntimas del imperialismo quedaron *mediatizadas* por las condiciones específicas de la posguerra, incluyendo el último ciclo neoliberal. Y ahora, con el desarrollo de una ruptura del equilibrio capitalista, podrían reemerger algunas de las características más profundas del capitalismo imperialista, que no apuntan a la concordia universal sino, en condiciones de “sálvese quien pueda” y “yo primero”, a resoluciones del litigio por vías violentas.

BIBLIOGRAFÍA

- Chesnais, François: “Alcance y rumbo de la crisis financiera”.
- Chesnais, François: “Como la crisis del 29 o más”.
- Dumenil y Levy: “La contra revolución neoliberal”.
- Dumenil y Levy: “La crisis del 30: ¿un evento excepcional?”
- Marx, Karl: *El capital*.
- Mandel, Ernest: *Las ondas largas del desarrollo capitalista*.
- Husson, Michel: “Una crisis sistémica, global y de largo alcance”.
- Husson, Michel: “El capitalismo tóxico”.
- Lenin, Vladimir Ilich: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.
- Ramírez, Roberto: “Causas y consecuencias del tembladeral financiero”.
- Rosdolsky, Roman: *Génesis y estructura de El capital de Marx*.
- Trotsky, León: “La situación mundial”.
- Trotsky, León: “Flujos y reflujos”.
- Trotsky, León: “La curva de desarrollo capitalista”.
- Trotsky, León: “Sobre la cuestión de la ‘estabilización’”.
- Trotsky, León: “Europa y América”.
- Trotsky, León: “El nacionalismo y la economía”.
- Trotsky, León: “Sobre los Estados Unidos de América”.

